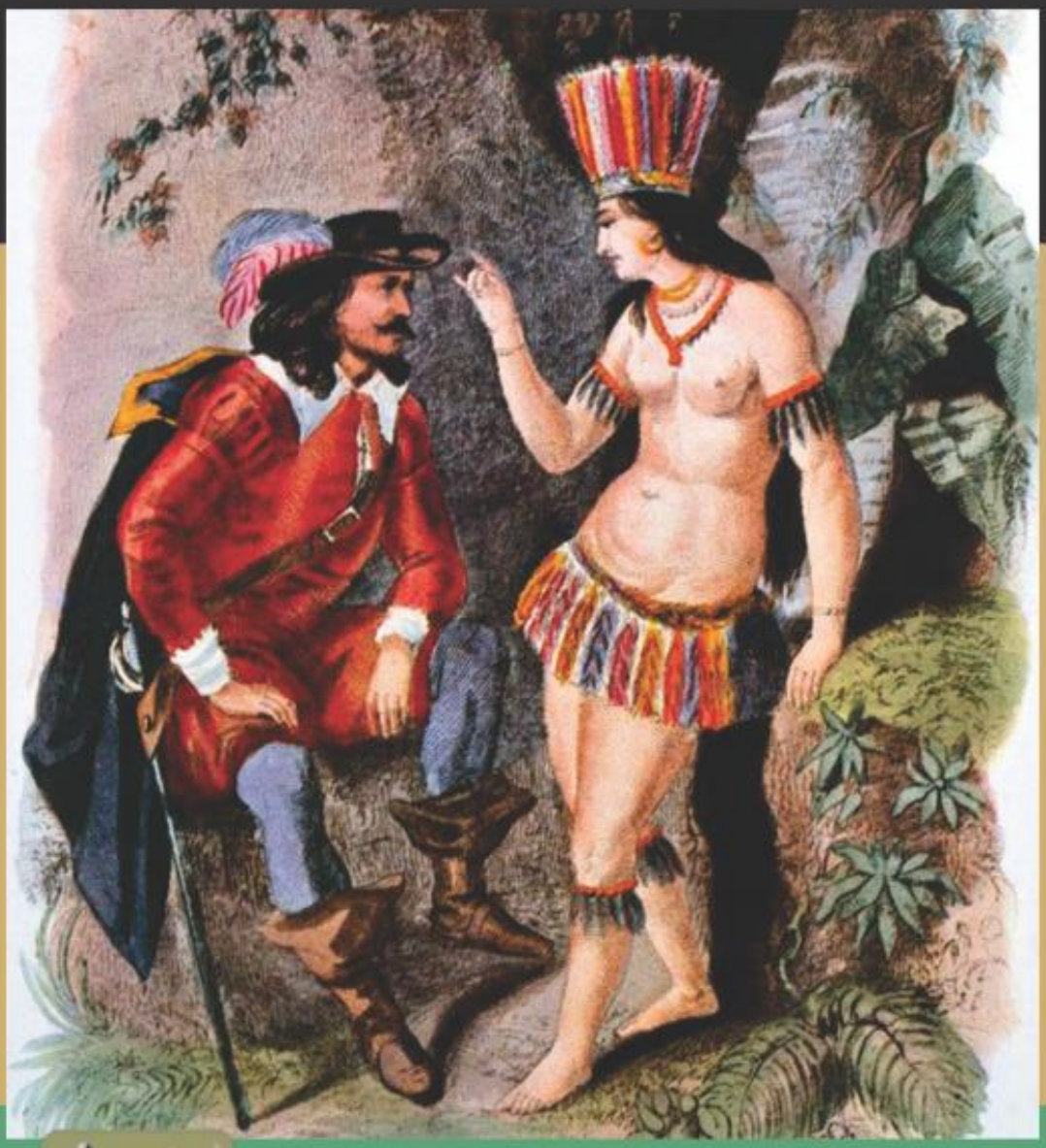
DE MALINCHE A CALAFIA:

Los mitos en la Historia



JOSÉ SOTO MOLINA

CRONISTA MUNICIPAL DE COMONDU / LIBRO ELECTRÓNICO GRATUITO, ENERO 2019

Introducción

La Malinche y Calafia en una sola historia. Una sola ficción novelesca: historia real y mito, literatura y ficción en la historia de los conquistadores españoles, los “Amadises de América”, convertidos en caballeros andantes, emuladores de hazañas comparables con Alejandro Magno y el César.

Malinche pertenece a la historia mexicana, Calafia a la historia fingida de Las Sergas de Esplandián. Malinche y Calafia son conversas, adjuraron de sus ídolos y religiones. Malinche se convierte en Doña Marina, concubina de Hernán Cortés y esposa del hidalgo Juan Jaramillo. Calafia es la conversa por amor, deslumbrada de la belleza de Esplandián, hijo de Amadís de Gaula. Leonorina, la casta hija del emperador de Constantinopla, contrae nupcias con Esplandián, en el marco del amor cortés y de las alianzas entre reinos; Calafia llora de amargura y acepta la unión de dos linajes de sangre, ella reina amazona, él hijo de reyes, para fundar la California civilizada con su esposo Talanque. Malinche favorece las alianzas de Cortés con los caciques de Tlaxcala en su ruta contra el Imperio azteca, clave de la conquista española.

Entre luces y sombras, La Malinche ha trascendido el milenio XXI sin que se agoten las interpretaciones ni las controversias en torno a su figura histórica y legendaria. Las ambivalentes imágenes de la Malinche se desenvuelven en el campo de los grandes relatos y de los discursos, desde los Cronistas de Indias hasta los ensayos históricos y la literatura producida durante los siglos XIX y XX.

PALABRAS CLAVE: Amazonas, Calafia, California. Malinche. Hernán Cortés. Amadís de Gaula.

…andando por sus tierras y por las agenas como cavalleros andantes

Las maravillas descubiertas por Cristóbal Colón se transforman en ficción literaria. Montalvo introduce el tema de las amazonas, cercanas al Paraíso terrenal, en la serie del Amadís de Gaula, a través de las Sergas de Esplandián, influenciado por las noticias de los primeros viajeros al Nuevo Mundo.

Cristóbal Colón descubrió una raza de amazonas al llegar a Carib y Matinino. Seducidos por el mito de Calafia, asociada al oro y las piedras preciosas, los conquistadores exploran y bautizan las islas, renombran los pueblos aborígenes, a nombre del Imperio y de su Rey. Marco Polo, en el siglo XIII habla de esta tribu estrictamente femenina que vivían en la isla Mujer, trasladada a América en la Era de los Descubrimientos con Vicente Yañez Pinzón, Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana.

La situación de la isla de California en Las sergas "a la diestra mano de las Indias...muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal" vincula la geografía ficticia con la de las Américas. Se cuenta que allí viven mujeres negras, sin hombres, "casi como las amazonas." Llevaban armas de oro porque "en toda la isla no había otro metal alguno". Dado la evidente influencia de los descubrimientos en las Indias en la obra de Montalvo, no es de poca ironía que los conquistadores se inspiraran en Las sergas al nombrar dos grandes regiones del Nuevo Mundo: El Amazonas y California.

Radiaro y Calafia son vencidos por los cristianos y se rinden a través de un proceso de conversión al cristianismo militante que irradia de la novela de Montalvo. Calafia después confiesa ser presa "en dos maneras, la una de cuerpo y la otra de corazón, por ser sojuzgada y captiva de aquella gran hermosura de Esplandián". Como es reina de alto linaje, tiene la idea de convertirse al cristianismo para poder casarse con Esplandián. Decide retirar sus naves del lado pagano y le manda a su hermana, Liota, mantener a las amazonas fuera de la batalla. Trás la victoria cristiana en la guerra de Constantinopla, Calafia entiende que es Leonorina con quien se va a casar Esplandián en un matrimonio dinástico y, aún así, se convierte al cristianismo. El Emperador Amadís de Gaula le encuentra un esposo cristiano de alto linaje: "...seré cristiana; porque como yo haya visto la orden tan ordenada desta vuestra ley, y la gran desorden de las otras, muy claro se me muestra ser por vosotros seguida la verdad, y por nosotros la mentira y falsedad".

El Emperador concierta las bodas de Calafia con Talanque y Liota con Maneli. Con la conversión de las dos hermanas se convierten también las demás amazonas, llevando a la Reina y a su hermana a la capilla, las tornaron cristianas y las desposaron con aquellos dos tan famosos caballeros, y así se convirtieron todas las que en la flota quedaban. Esta conversión es la misma que Malinche convoca a las tribus amerindias, en apoyo de los franciscanos.

El Amadís de Montalvo y su continuación, el quinto libro de las Sergas de Esplandián pertenecen a finales del siglo xv, tiempo de transición de los reinos medievales a los reinos unificados de Aragón y Castilla, que erige a los Reyes Católicos como representantes del estado español en la etapa de las exploraciones y de la guerra de Granada. Las sergas refleja esa realidad histórica en su mundo ficticio y proyecta al Amadís de Gaula y su hijo Esplandián como caballeros de Cristo en la empresa de las Indias.

Rodríguez Prampolini en Los Amadises de América señala: "El...conquistador de Indias ve por todas partes símbolos y señales de la Providencia; en los libros de caballerías ve símbolos y señales de sí mismo. La novela caballeresca es, si se la quiere entender sin complicadas e injustas suposiciones, la expresión de la utopía española". Esa discurso entre providencialista y renacentista, donde se proyecta el nuevo modelo de guerra frente al usado por Amadís de Gaula, será retomado por los Cronistas de Indias y los mismos conquistadores.

El diario del Primer Viaje de Cristóbal Colón, de su entrada del 16 de enero de 1493, escribe influenciado por Marco Polo. Luego, el extremeño Hernán Cortés, refiere al rey de España Carlos V en 1524 una nueva ubicación del mito de las amazonas: Cihuatlán, al Noroeste del Valle de México. *"Y así mismo me trajo relación de los señores de la provincia de Cihuatlán, que se afirma mucho de haber una isla poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres que con ellas han acceso…y si paren mujeres las guardan; y si hombres, los echan de su compañía".*

En 1523 Hernán Cortés escuchó de uno de los exploradores que envió a la región de **"**Alimán, Calimonte y Cehuatán**"** (en las costas de Jalisco y Colima), "de una isla poblada por mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales hay acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si son hombres los echan de su compañía; y que esta isla está a diez jornadas de esta provincia, y que muchos de ellos han ido allá y la han visto. Dícenme así mismo que es muy rica de perlas y oro".

Hernán Cortés en su informe al Rey, sostiene la idea de las "míticas amazonas" así como lo escrito en el libro "Sergas de esplandián", que habla de una isla de nombre California, poblada de mujeres y en donde había mucho oro.

…como en este libro que vees se muestran

Las aventuras de Cortés son "como se cuentan en el libro de Amadís", escribirá Bernal Díaz del Castillo. Desde el descubrimiento de América, el bautizo de lugares revela el bagaje cultural de la fantasía libresca: Las Antillas, Matinino, las islas Femenina y Masculina, el Amazonas, El Dorado, isla de Mujeres y California. En esa ficción caballeresca, narrada por Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés conoce a la esclava Malinche, la utiliza de intérprete en sus afanes de conquista, ayunta con ella mientras conserva su matrimonio con Catalina Juárez de Marcayda y se une a Juana Ramírez de Arellano. Sus amoríos con Isabel Moctezuma y Malinche ocurren en el ámbito novelesco. Como la reina Calafia, ellas pertenecen a la nobleza indígena y convienen a sus intereses

militares en la conquista de nuevos reinos. A Esplandián y Amadís de Gaula les interesa el mito del oro en la isla California.

Rodríguez Prampolini dedica la segunda parte de Amadises de América a una detallada comparación entre la retórica de las crónicas y la de los libros de caballerías. En ningún lugar se destaca más claramente la próxima relación entre la realidad y el mundo de la ficción que en la Historia verdadera de Bernal Díaz del Castillo. De todos los cronistas, Bernal eleva la Conquista de la Nueva España a los más altos ejemplos de la antigüedad, cita y compara a Hernán Cortés a Roldán, Amadís de Gaula, César, Atila y Alejandro el Magno. El más citado pasaje compara las ciudades y villas de México con "las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís...."

Alejados del “didactismo moralizante” del Amadís, los conquistadores vivieron el exotismo de América en plena libertad de acción como en un tórrido idilio de combates caballerescos en un mundo fantástico, sobrenatural y plagado de amenazas. Ese nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón se inserta en los tiempos de la transición a la modernidad. Las noticias colombinas deslumbran a los europeos ávidos de fantasía e influye en los escritores de novelas, como Rodríguez Montalvo, refundidor del Amadís de Gaula. Así aparece el tópico de las amazonas, desde la leyenda y el mito troyano, a la diestra mano del paraíso terrenal.

La galería de mujeres que retratan el imaginario novelesco reincorpora el modelo de mujer guerrera, la virgo bellatrix que documenta Marín Pina. “Calafia es la reina de las amazonas negras”, mujeres de "valientes cuerpos, y esforçados y ardientes coraçones, y de grandes fuerças". A diferencia de Malinche, Calafia no es esclava ni obediente. Su destreza militar es igual a su belleza, capaz de combatir cuerpo a cuerpo con Noraldel y Amadís de Gaula. Como en el mito, “sus fuerzas se doblegan ante la hermosura de Esplandián” y es vencida por las armas y por amor.

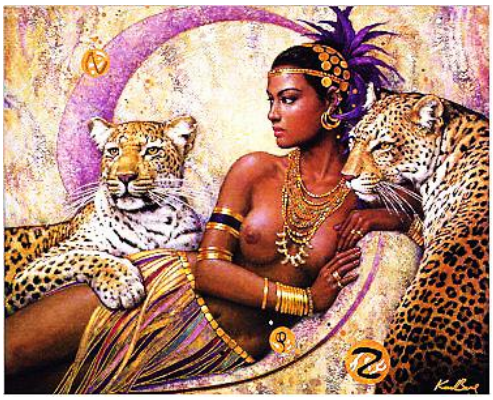
Las huestes de amazonas evitan la caída del ejército persa ante el cristiano. En la batalla final, aparecen el soldán de Liquia y la reina Calafia frente a Amadís, rey de la Gran Bretaña, y su hijo el Cavallero de la Gran Serpiente, Esplandián, dispuestos a una lid en la que se incrusta un rasgo inverosímil surgido del mito amazónico. Calafia, informada de la belleza de Esplandián, quiere corroborarlo con sus propios ojos antes de enfrentarse con las armas. Montalvo atribuye la perdición de Calafia al deslumbramiento amoroso. Radiaro y Calafia son vencidos en esta justa caballeresca y se rinden. Calafia no sólo acepta la victoria de los cristianos, sino que quiere unirse a Esplandián en matrimonio. Ante tal imposibilidad, la amazona no renuncia a la conversión, tanto de ella como de sus hermanas, y aceptará casarse con el caballero que Esplandián le proponga.

En el siglo XV, Pentesilea, además de las aptitudes masculinas hacia las armas, asume también los atributos que caracterizarían a una de esas damas elogiadas por los trovadores: sabiduría, belleza, gentileza y predisposición a los nobles impulsos del amor. En ella se nutre la imagen de reina amazona para insertar el concepto de amor de oídas. Calafia se enamora de la belleza de Esplandián, lo que crea una afinidad que la lleva a su derrota y conversión.

La reina Calafia encarna el mito amazónico originalmente en disputa con la cultura patriarcal griega, que lo despoja de su valor guerrero para reducirlo al papel de botín de guerra. La entronización del héroe griego (Hércules, Héctor, Aquiles) termina por derrotar a Hipólita, a Pentesilea y otras célebres guerreras de la antigüedad. La reina, la doncella guerrera y la amazona caballeresca que aparecen en la materia troyana, se extienden a la literatura medieval europea, en el tópico de tres novelas de materia antigua o clásica del siglo XII

(el Roman d'Énéas con la virgiliana Camila, el Roman de Troie con Pentesilea y el Roman d'Alexandre con Talestris), para culminar en el nuevo ciclo del siglo XVI con las Sergas de Esplandián donde Calafia presenta rasgos de oposición y singularidad de la amazona clásica como figura seductora, atractiva y rebelde, exótica y belicosa.

La estilización de las amazonas centra el relato de Montalvo en sus físicos, objetos de deseo y atracción de los hombres, mientras que en las etopeyas son presentadas como mujeres salvajes que odian a los hombres, crueles y con una sed insaciable de dominación. Calafia, por el contrario, es desafiante, valerosa, de belleza salvaje, que habita una legendaria isla donde habitan los hipogrifos. Con su derrota, la reina de California ingresa a la civilización y anulan su faceta bestial y bárbara. Igual conversión enfrentan los pueblos árabes musulmanes y los amerindios paganos.



Para entender en parte el proceso de conquista, es importante destacar el papel de la conversión de los moros paganos y de los amerindios como expresión del caballero cristiano o conquistador de acuerdo al deseo de La Reina Isabel.

Cortés, el héroe caballeresco

En La invención de América, Edmundo O'Gorman escribió que el nuevo continente, «antes de ser una realidad fue una prefiguración fabulosa de la cultura europea. Gómara, con motivo del prendimiento de Moctezuma: "Nunca griego ni romano ni de otra nación, después que hay reyes, hizo cosa igual". Bernal Díaz exclama, tras narrar la batalla de Otumba, que "... más digno de loores es nuestro Cortés que no los romanos" y también "...era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo...y entre los cartagineses, Aníbal". Palatino de Curzola, en su Tratado (1559), concede a Cortés resonancias librescas: "fue más fuerte que Hércules, más atrevido que Alejandro Magno, más prudente que Mario, más casto que Cipión Africano". El historiador Gonzalo de Illescas, en su Historia Pontifical (1574), lamenta la ausencia de un Homero, de un Virgilio o de un Tito Livio para ensalzar a Cortés por sobre Aquiles, Ulises, Eneas, Alejandro, Camilo, Fabricio, Coriolano, Julio César y Sesostris. "…todos juntos con grandes ejércitos no hicieron tanto como este nuestro español con quinientos cincuenta compañeros españoles".

Los poetas épicos, con un lenguaje superlativo, superan a los historiadores. En Mexicana, Lasso agrega los nombres de Pirro y de Marco Antonio, mas "Estos hizieron hechos valerosos, más de exércitos gruessos ayudados, de cercanos socorros poderosos, y de lo necessario confiados: no qual este varon [Cortés] menterosos, ganaron fama y nombre celebrados". El Canto intitulado Mercurio de Villalobos congrega más héroes antiguos: "A ti, pues, que Alejandro, Alcides, Bacco, Anibal, Scipion, Jerjes y Ciro; César, Pompeyo, Antonio, Darlo y Graco, y aquel famoso Pirro, rey de Epiro, la honra y provecho te echan en un saco, y adornan tu laurel, de oro y zafiro". En síntesis, Hernán Cortés resplandece al compararlo con las grandes hazañas de Alejandro, Aquiles, Augusto Octaviano, Camilo, César, Codos, Coriolano, Eneas, Escipión, Fabricio, Graco, Héctor, Hércules, Marco Antonio, Pirro, Pompeyo, Trajano, Ulises, Amílcar Barca, Aníbal, el rey Arturo, Carlomagno, Ciro, Darío, Jerjes, Sesostris.

En Nuevo Mundo y Conquista de Terrazas, el autor anónimo de la comedia Los Pleytos de Fernando Cortés -siglo XVII- hace que Felipe II se refiera a Cortés con hiperbólica satisfacción:

"Este es el que fue y a sido / el que gano el que benció / mas jentes que Jerjes bido".

La idea del caballero guerrero que Bernal asigna a Hernán Cortés, compartida por Prampolini, Prescott, Thomas y otros angloamericanos, en realidad es opuesta a los libros de caballería. La ética de Cortés es la de un pragmático militar que usa la fuerza y el engaño a cualquier precio. En contrario, desde Ramón Llull a Bartolomé de las Casas, el caballero andante no puede practicar la maldad, el engaño, la crueldad y la culpa. Este es el origen de la 'leyenda negra' que persigue a los conquistadores de América, más a tono con el Príncipe de Maquiavelo que con el Amadís de Gaula.

Son tiempos de gran controversia por los excesos militares y los escándalos de Cortés en México. Cortés enfrenta la oposición del virreinato y la disputa territorial de Nuño de Guzmán. De parte de la iglesia se cuestiona su libertad y abuso sexual, lo despiadado de la conquista. Bernal escribe al emperador Carlos V, que ha participado en más batallas que Julio César. Compara la gesta de la conquista a la de Alejandro Magno, al valor de Atila y se ve digno de comparar con los caballeros de las novelas, como Amadís (lo que dice textualmente), identificándose con los ideales caballerescos y con otros de la antigüedad y de la realidad histórica cercana como con el Gran Capitán o el rey Jaime de Aragón. Bernal echa en cara a su majestad que "ningún emperador habrá ganado nunca tantas ciudades", y expone los riesgos, los peligros, la dificultad de enfrentarse a los mexicanos y otros pueblos del nuevo continente descubierto.

La mentalidad de Cortés está impregnada de historias antiguas, de citas y frases de uso común en la época tardomedieval. Conoce las Siete Partidas de Alfonso X, algunos libros de caballería, romances y crónicas famosas. Junto a Cortés, Bernal Díaz del Castillo igualmente hace referencias antiguas. Portocarrero recita un romance en alusión a la disputa de Cortés con Grijalva (Cata Francia, Montecinos). Cortés responde con un par de versos de Gaiferos: "Denos dios ventura en armas / como al paladín Roldán". En Tlaxcala, Cortés arenga a sus tropas: "Y a lo que, señores, decís que jamás capitán romano de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, dicen verdad".

En sus Cartas, Cortés estructura un discurso en el que las tierras conquistadas pertenecen a los Reyes de Castilla. Su gloria mayor es la conquista de un imperio azteca regido por Satanás, como Amadís en la isla del Endriago. Su argumento, "y evitarse han tan grandes males y daños como son los que en servicio del demonio hacen", equivalen al texto de Montalvo, solicita poblar de españoles y cristianos, bautizar las nuevas tierras de conquista y recomienda se llame "Nueva España del Mar Océano".

Hernán Cortés representaba la cruz y la espada en la conquista. El derecho sobre las Indias Occidentales, concedido a los Reyes Católicos por las bulas del papa Alejandro VI, incluyó en 1513 las bases del requerimiento que los conquistadores debían presentar a los tlatoanis del Nuevo Mundo. En todo acto de posesión Cortés hacía una predicación acerca de la fe por medio de un intérprete, quitaba al ídolo del templo y ponía en su lugar una imagen de la Virgen María o una cruz, conminando a los caciques a someterse al Rey y al Papa. Los primeros frailes, fray Bartolomé de Olmedo y el clérigo secular Juan Díaz, fueron elegidos por Cortés como curas castrenses para auxiliar a su tropa y evangelizar a los naturales. También bautizaron a las mujeres indígenas que los caciques les obsequiaban a su paso y dieron inicio a la conversión de los tlatoanis de Tlaxcala, Texcoco y Tenochtitlán.

Los conquistadores recibieron el regalo de mujeres como si fuera un botín de guerra, conocido desde la antigüedad clásica y practicada por todos los ejércitos, desde la guerra de Troya hasta las guerras europeas del medioevo. Daniel Vidart refiere el uso del Requerimiento para someter a los indios al Imperio: "antes de cada entrada militar, los capitanes de conquista debían leer a los indios, ante escribano público, un extenso y retórico Requerimiento que los exhortaba a convertirse a la santa fe católica: «Si no lo hiciéreis, o en ello dilación maliciosamente pusiéreis, certifícoos que con la ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros y vos haré guerra por todas las partes y manera que yo pudiere, y os sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de

Su Majestad y tomaré vuestras mujeres y hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé, y dispondré de ellos como Su Majestad mandare, y os tomaré vuestros bienes y os haré todos los males y daños que pudiere...».

La astucia y el engaño de Cortés parecen sacados de los libros de caballería. Bernal Díaz del Castillo como el historiador Francisco López de Gómara recuerdan que Hernán Cortés elaboró un par de estandartes al iniciar su aventura. Gómara lo describe así: “La bandera que puso y llevó Cortés a esta jornada era de fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y alrededor un letrero en latín, que romanzado dice: ‘Amigos, sigamos la cruz; y nos, si fe tuviéremos en esta señal, venceremos”. Igual estandarte utiliza Floriceo de Fernando Bernal (1516) o por los Reyes Católicos en la guerra de Granada.

…del más fino enamorado y el mejor héroe del mundo

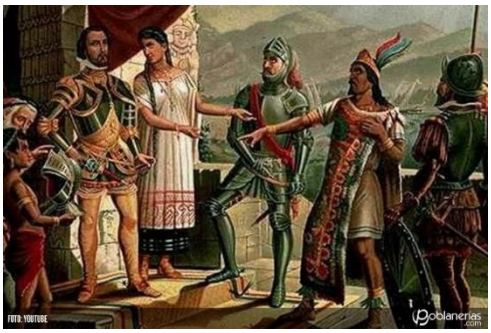
El supuesto amor de Malinche por Cortés se inscribe en la noción del amor caballeresco, sin los claroscuros de una relación subordinada y doméstica que prevalece en los demás caso de obsequio de esclavas para hacer “generación” o de botín de guerra para saciar el apetito sexual, mujeres herradas como quinto, como piezas de trabajo doméstico.

Indudablemente que en este amor de ficción, Bernal Díaz jugó un papel importante. A diferencia de Hernán Cortés, que apenas menciona en sus cartas de relación, Bernal mira que Doña Marina "tenía fuerza viril; aunque todos los días escuchaba que podrían matarnos y comer nuestra carne, y a pesar de que ya había vivido cercos en batallas pasadas, y aunque ahora todos nosotros estábamos heridos y sufríamos, nunca vimos en ella debilidad alguna sino sólo una fuerza mayor que la de una mujer".

Su visión de la mujer, a tono con la literatura artúrica, es más bien patriarcal. Las mujeres americanas, así sean de noble estirpe, no escapan a su idea de superioridad frente a la barbarie. Cortés no combate por la mujer desamparada, raptada por caballeros “malandantes”, combate por conquistar nuevas tierras para el Rey. En esa lógica, Cortés representa al Imperio y a la Iglesia, el bien frente al mal. Las mujeres amerindias no son como las damas de los libros y novelas de caballería, que ponen a prueba el honor del héroe caballero, la fidelidad a la amada.

Malinche no es la Oriana de Amadís, pero logra violar el código de honor y la fidelidad de Cortés a su esposa Catalina Juárez. Su presencia en la historia como preferida del conquistador la elevó a un plano inimaginable. Su “virtud” es su lengua políglota, el manejo de la información y su lealtad a los pueblos sojuzgados por el Imperio azteca. Los amores de Cortés lo alejaron del ideal caballeresco y del ideal cristiano. Con once hijos reconocidos, cuatro eran producto de su relación con indias, entre ellas Malinche y la princesa Tecuichpo Moctezuma. Otros siete hijos fueron de mujeres española.

Como ha señalado acertadamente Julie Greer, Díaz narra la historia de doña Marina siguiendo el modelo del Amadís de Gaula. Las crónicas presentan a veces mujeres nativas fuertes y valerosas, de rasgos heroicos, categorizadas según el arquetipo de la legendaria amazona, tomados de la infancia y adolescencia de Amadís. “Tanto doña Marina como Amadis son de noble linaje, y cuando niños, se convierten en víctimas de los esfuerzos para negarles su patrimonio. Después de la partida de sus padres, uno muere y el otro emprende un viaje, sus padres. Las madres, con la ayuda de familiares o esclavos, las abandonan en secreto. Amadís y Marina luego son criados a cierta distancia de sus hogares y por personas cuya cultura es diferente de su propia”.



Al igual que Calafia, Malinche es cautiva de Hernán Cortés, con el que vive en amasiato tras su conversión a la fe cristiana. La fascinación de Bernal por la serie amadisiana lo lleva a descubrir atributos de amazona en Malintzín por mandar entre los indios en toda la Nueva España. Bernal escribe “cómo doña Marina con ser mujer [...] qué esfuerzo tan varonil tenía [...] jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer”.

Las crónicas presentan a veces mujeres nativas fuertes y valerosas, de rasgos heroicos, categorizadas según el arquetipo de la legendaria amazona. Para entender este hecho hay que considerar el papel fundamental de las novelas de caballería en la época, que alcanzaron su mayor popularidad durante el primer tercio del siglo XVI y, como demostró Irving A. Leonard en Los libros del conquistador, eran leídas ávidamente a ambos lados del Atlántico.

En las crónicas se observa el ideal caballeresco de honrar y proteger a las mujeres, y la visión idealizada de éstas por su valentía, influida por la glorificación hispana de la guerra y el ideal de fuerza. La mujer americana era más admirada cuando mostraba algunos atributos masculinos, pues la debilidad se consideraba propia de la española.

El mito helénico de las amazonas, que había circulado ampliamente por Europa y se mantenía vivo en los relatos de viajeros procedentes de todas partes del mundo, recibió un nuevo impulso con el descubrimiento del Nuevo Mundo, donde lo imposible se hizo realidad. Como la fuente de la eterna Juventud, El Dorado, las Siete Ciudades de Cíbola o Utopía, la búsqueda de las amazonas llevó a los españoles a recorrer dos continentes e influyó directamente en sus primeras impresiones de las nativas americanas. Este pensamiento se vio marcado decisivamente por la publicación de Las sergas de Esplandián, de Garci-Rodríguez de Montalvo, continuación del Amadís de Gaula que obtuvo un gran éxito.

López Austin señala que las mujeres fueron regaladas a gobernantes de otras comunidades con el fin de generar alianzas estratégicas; asimismo, las mujeres macehualtin fueron entregadas a la violencia sexual del ejército invasor para calmar la ira de los guerreros. Este afán de objetivación del cuerpo femenino se generó en un contexto social en el que las comunidades se encontraban en un ambiente perpetuo de guerra, en el que los señoríos competían entre sí por su expansión territorial y la imposición de unas relaciones económicas basadas en la extracción de tributo.

En América también se practicaba el botín de guerra y el tributo de mujeres. El hecho de quedarse con los atavíos era un símbolo de captura. Los guerreros destacados gozaban de ciertas licencias en su comportamiento sexual, de acuerdo a Sahagún, en donde las sacerdotisas tenían relaciones con ellos durante la fiesta de Huey Tecuilhuitl. El guerrero era obligado a tomar por mujer a la meretriz; de esa manera, se aseguraba el sustento de la mujer, y el castigo del transgresor servía de ejemplo a los guerreros para que fueran más reservado.

Mary O´Sullivan reconstruye una estampa de Bernal Díaz en la que Cortés y sus soldados celebran el triunfo sobre Tenochtitlán, una especie de orgía con mujeres españolas y amerindias" como si se tratara del país legendario de los cicones en el regreso de Odiseo a Ítaca. “Está fuera de duda –escribe Sullivan- que Cortés, fogoso y dominador y muy adecuado para agradar como mozo bien parecido que era, se daba fácilmente al amor de las mujeres, y que éstas a lo largo de su existencia fueron parte muy destacada de su vida”. En Las mujeres de los conquistadores, Bernal Díaz retrata la vida licenciosa de los primeros años de la conquista, a falta de mujeres, hecho que favoreció el mestizaje y los cambios posteriores.

Bernal Díaz escribe que «Guatemuz y sus capitanes dijeron a Cortés que muchos soldados y capitanes que andaban en los bergantines y de los que andábamos en las calzadas batallando les habíamos tomado muchas hijas y mujeres de principales; que le pedían por merced que se las hiciesen volver, y Cortés les respondió que serían malas de haber de poder de quien las tenían, y que las buscasen y trajesen ante él, y vería si eran cristianas o se querían volver a sus casas con sus padres y maridos, y que luego se las mandaría dar». Las indias amancebadas prefirieron permanecer con los soldados españoles, al parecer del Cronista porque los indios se quejaban de los abusos aztecas: «Todos aquellos pueblos […] dan tantas quejas de Montezuna y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenían, y las mujeres e hijas, si eran hermosas, las forzaban delante de ellos y de sus maridos y se las tomaban, y que les hacían trabajar como si fueran esclavos, que les hacían llevar en canoas y por tierra madera de pinos, y piedra, y leña y maíz y otros muchos servicios».

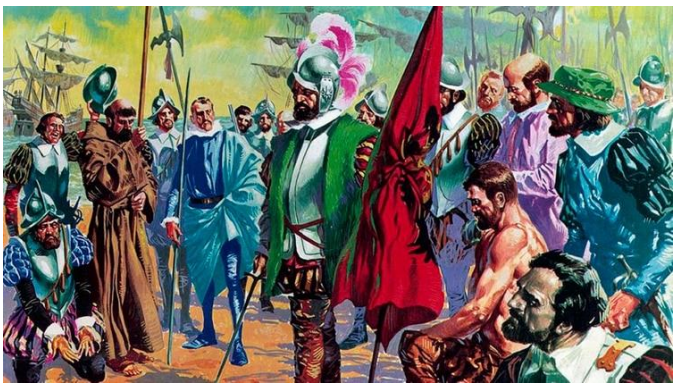
La opinión del dominico Diego Durán sobre el saqueo de los aztecas en los pueblos tributarios es contundente y parece explicar la actitud de las mujeres indias respecto a los conquistadores “[…] eran los más crueles y endemoniados que se puede pensar, porque trataban a los vasallos que ellos debajo de su dominio tenían, peor

mucho que los españoles los trataron y tratan». Fernández de Oviedo, las indias nobles no tenían problemas en relacionarse con los españoles por considerarlos muy "hombres": "Como los conocen por muy hombres, a todos los tienen por nobles comúnmente (...), y por honradas se tienen mucho cuando alguno de los tales las quisieren bien; y muchas de ellas, después que conocen algún cristiano carnalmente, le guardan lealtad si no está mucho tiempo apartado o ausente, porque ellas no tienen fin a ser viudas, ni religiosas que guarden castidad".

El número de mujeres creció cuando Cortés "...hizo enviar por sus mujeres a muchos vecinos de México y de las otras villas que poblara. Dió dinero para llevar de España doncellas, hijasdalgo y cristianas viejas; y así, fueron muchos hombres casados con sus hija s a costa de él, como fué el comendador Leonel de Cervantes, que llevó siete hijas y se casaron rica y honradamente". Así llegó de Cuba Catalina Juárez, la Marcaida, mujer de Cortés, junto a un grupo de mujeres casadas con españoles de la Nueva España. Su relación matrimonial no era muy cordial pues Cortés vivía entregado a los amores con algunas indias y mujeres españolas, siendo la relación con doña Marina el afecto más íntimo y duradero.

La mayor parte de los conquistadores no contraían matrimonio con las indias con quienes tenían hijos —tal fue el caso de Cortés con doña Marina en México. Los mestizos que nacían de esas uniones eran generalmente hijos naturales, a través de relaciones extramatrimoniales (amancebamiento, barraganía en el caso de clérigos, encuentros casuales y violaciones). Ser ilegítimo negaba derechos de tener indios, posesiones de haciendas o herencias. El «hijo de español habido en india» era «ilegítimo», declarado poco después como «mestizo», mala casta como afirma el alemán Richard Konetzke.

Malintzín está presente cuando Hernán Cortés recibe a Isabel Moctezuma por su padre tlatoani, observa en la casa de Coyoacán los amoríos de Cortés con aquella princesa de 16 años, futura madre de Leonora Cortés Moctezuma. La historia se repitió una y otra vez, mientras Catalina Juárez (1522) se reunía con su esposo y moría en condiciones sospechosas; Malinche procreaba a su hijo Martín, el bastardo y un año más tarde, aceptó desposarse con un lugarteniente de Cortés, Juan Jaramillo, a quien le dio una hija, María.

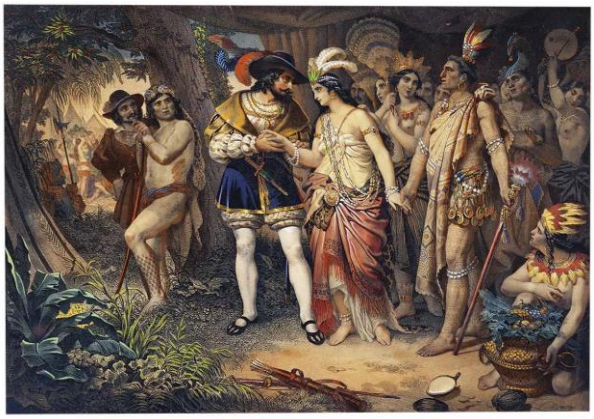


Existía una deliberada política de mestizaje promovida por la corona española y Hernán Cortés. El tráfico de mujeres encajaba perfectamente en este propósito. El papel de concubina de Malinche se veía natural en estas relaciones, más por la fama y poder alcanzado del capitán general. Duverger encuentra en la triple descendencia de Cortés su adscripción al Mundo Nuevo. En su residencia de Coyoacán y después en México, Hernán vive como un príncipe nahua, en compañía de numerosas esposas e hijos. Además de la lengua y la sangre, la cristianización de los indios es la tercera empresa del proceso de mestizaje, del que se forja un sincretismo cultural que prevalece aún en día. Para los españoles como Gonzalo Rodríguez de Ocaño, Malinche es “Después de Dios, (ella había sido) la causa de la conquista de la Nueva España”. Francisco Javier Clavijero, veía en ella a “la primera cristiana del Imperio mexicano”.

El deslumbramiento de las mujeres indias por los conquistadores, parecido al “amor” de Calafia por Esplandián, mas el peso de la violencia del tributo sexual de los aztecas, nos llevan al mito de las amazonas y a la leyenda de las “doncellas guerreras”, Malinche cobra ese doble atributo en la guerra contra los mexicas. Los casos de Urraca (s. XII), Berenguela (s. XIII), Maria de Molina y Juana de Arco (s. XIV), Isabel de Castilla (s. XV) o María Estrada (s. XVI novohispano) quedan opacados por los dones de intérprete, caudilla y estratega militar de Malintzín. Para Bernal Díaz las nativas constituían parte del botín de guerra, en donde el cuerpo adquiría el papel de trofeo al vencedor.

En el capítulo CXXXV narra cómo los hombres las herraban con la marca de la esclavitud, surgiendo disputas entre ellos por las

irregularidades en el reparto de las mujeres raptadas. La violación de las indias, tan contraria al espíritu caballeresco, fue frecuentemente denunciada. Así se aprecia en los textos de Las Casas: "[los soldados] andaban tras las mujeres y las hijas porque ésta es y ha sido la ordinaria y común costumbre de los españoles en estas Indias".



La transformación de las mujeres en prostitutas fue uno de los hechos más frecuentes. Las alianzas matrimoniales y el parentesco en la formación del imperio mexica contrasta con el regalo de mujeres como ofrenda o tributo entre pueblos rivales, tomadas regularmente de mujeres “esclavas”. Grusinski observa algunas semejanzas entre las sociedades nahoas y españolas respecto al matrimonio monógamo, con cierta permisividad ante las prácticas sexuales fuera de las reglas y códigos impuestos, persistieron en la sociedad colonial por la dificultad de convencer a los indios de que la poligamia estaba en contra de los preceptos divinos, a lo que no contribuía la conducta abusiva y promiscua de los españoles.

Para Rodríguez-Shadow, el panorama general que ofrecen las crónicas muestra a las mujeres mexicas resignadas a la violencia y a la imposición de los valores dominantes, asumiendo actitudes de consentimiento forzoso o de aceptación pasiva y, a pesar de los aislados brotes de rebeldía femenina, queda manifiesto “el peso inmenso que la ideología debió haber tenido sobre estas mujeres para que aceptaran su subordinado papel”. La donación de mujeres muestra no sólo el deseo de establecer lazos de amistad con los conquistadores sino también la voluntad de los indios de unir a sus hijas con esos hombres invencibles, con la esperanza de tener más tarde una descendencia de valientes guerreros. Para los conquistadores, primero, después para los encomenderos, la esclavitud de los indios era resultado de su superioridad racial y militar, equivalente al botín de guerra.

De esclava a La Doña

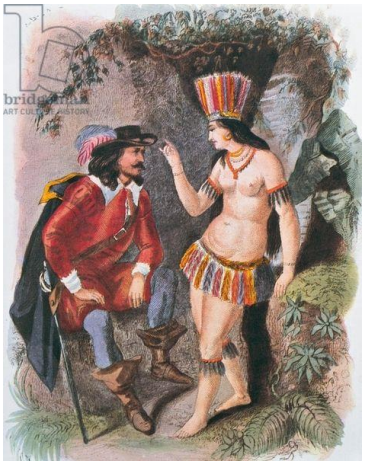
Bernal Díaz convierte a Malinche en uno de los principales personajes de su historia desde un plano ficcional, del que nace la leyenda de Malinche. Junto a sus dotes diplomáticas, Malinche adquiere el papel de intérprete en episodios relevantes de la conquista e incluso es utilizada en las fuentes para justificar derrotas, traiciones o masacres de los españoles (Cholula, la Noche Triste, la traición Tepeaca, etc.), origen de la leyenda negra contra los conquistadores y contra Malinche, quien sale peor librada como “símbolo maldito de traición a la patria”, de acuerdo a Flores Farfán.

Teniendo en cuenta que el lugar reservado a la mujer es la esfera doméstica, Bartra resalta la paradoja de que las amazonas míticas están claramente ligadas a la imagen del salvajismo, y esta a su vez se construye a partir de la encarnación misma de la vida doméstica de la mujer griega. Igual condición viven las amerindias obsequiadas a españolas, sometidas al apareamiento, a la cocina y a las labores domésticas. La tarea de esas mujeres se concentró ante todo en la logística militar, a la manera de las soldaderas en la Revolución de 1910: buscar y preparar la comida de los soldados. Los españoles dejaron Tacuba, bajo la protección de algunos hombres a caballo, auxiliares tlaxcaltecas y también a las indígenas encargadas de hacer tortillas, recolectar algas en los lagos salados, pescados y tunas.

Aunque el regalo de esclavas pudo parecer que la mujer carecía de reconocimiento social entre los diversos pueblos amerindios, los códices antiguos revelan la existencia de mujeres guerreras en la Mixteca-Zapoteca y entre los mayas, donde las Ixahauob’ se les representa como guerreras sometiendo a enemigos. En el Lienzo de Tlaxcala, Malintzín aparece con espada y escudo; se le aprecia dirigiendo la batalla de Cholula.

Hay coincidencia de los autores más serios respecto a su posible origen en dos poblados zoques, cercanos al muy antiguo asentamiento de Coatzacoalcos, llamado por los conquistadores Guatzacoalco. Malinalli Tenépal fue hija de un cacique zoque de Painala o de Huiolotla. Bernal Díaz del Castillo, más cercano a los personajes, escribió que “era de Painalá, región de Guazacualco”, o sea territorio de los zoque, el cual era tan grande que principiaba en los límites con Guatemala por el pacífico, toda el área del istmo de Tehuantepec, zoque-zapoteca, hasta tocar los hoy estados de Tabasco y el sur de Veracruz, zoque-olmeca, donde hasta hoy existen reminiscencias de que estas razas estaban enlazadas. Cortés a su regreso de las Hibueras, hace una repartición de tierra y el pueblo de Oluta, por alguna razón, lo asigna a Juan Jaramillo, que a esas fechas ya era pareja de doña Marina.

A la muerte de su padre fue vendida como esclava para dar lugar al matrimonio de su madre con el nuevo jefe del poblado; después fue llevada a Xicalango y Potonchan, Centla según los hispanos, donde con diez y nueve compañeras fueron entregadas a los conquistadores como prendas de paz. Hay que considerar que muchos nombres de pueblos y personas se habían nahuatlanizado, por ejemplo: Tepetchiapan, hoy Chiapas; por eso no debe extrañarnos que ella se llamara Malinalli, en náhuatl y al ser bautizada le ponen Marina en español; Además, Tenépal en náhuatl, significa persona que tiene facilidad de palabra, que habla mucho y con animación.



Malinalli, según algunos historiadores nació en 1502 y a los siete años quedó huérfana de padre. López de Gómara fija su origen en Jalisco. “Marina, que así se llamaba después de cristiana, dijo que era de Xalisco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, y parientes del señor de aquella tierra. Que siendo muchacha la habían hurtado ciertos mercaderes en tiempo de guerra, y traído a vender a la feria de Xicalco, que es un pueblo sobre Coatzacoalco, no muy aparte de Tabasco, y de allí venida a poder del señor de Potonchan”. Otros cronistas le asignan siete años de edad cuando fue vendida y educada por los mayas como noble. Las crónicas registran que fue obsequiada por Cortés a Alonso Hernández Portocarrero, quien cohabitó con ella del 18 de marzo al 26 de julio de 1519. Después vivió con Hernán Cortés en Coyoacán, de quien procreó un hijo, Martín que nació en 1523; y finalmente, Cortés decide casarla sin la voluntad de ella, con Juan Xaramillo, a quién le da una hija María, que nació en alta mar. Pero desde un principio, eran muchos hombres los que la admiraban, los sacerdotes la menospreciaban y muchas mujeres la envidiaban

Martir de Anglería, dice al respecto: era costumbre entre estas personas que el vencido, en el ajuste de paces obsequiaran al vencedor con lo más rico y hermoso que tuviese; y además, le daba como en rehenes unas niñas esclavas: así fue que el cacique de Tabasco como vencedor, obtuvo entre las esclavas regaladas por los xicalangos, a Malintzin, y a su turno, vencido por españoles, la donó a Hernán Cortés.

Bernal Díaz del Castillo dice en su obra: “...y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo: y estaban todos los caciques y principales delante, y púsole nombre aquel —Centla— pueblo Santa María de la Victoria y así se llama ahora a la villa de Tabasco. Y el mismo fraile, predicó a las veinte indias. Y luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, mas éstas fueron las primeras cristianas que hubo en la Nueva España...”. El padre Olmedo dijo: “Malinalli, yo te bautizo en el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo, como Marina”. Fue la segunda misa en América.

En la crónica de Bernal, Malinche es la Doña, título que reconoce alcurnia y prestigio. Igual reconocimiento le prodigan los tlaxcaltecas al llamarla Malintzín, Doña Marina, la mujer del Malinche Cortés, formada entre los chontales de Tabasco, vendida en el mercado de Xicalanco, regalada y bautizada para exorcizar el pecado carnal de los españoles como Alonso Hernández Portocarrero, su primer violador en tierras totonacas, de acuerdo a la institución de la barragantía.

El dominio del náhuatl, del chontal y del maya despertaron en Cortés un interés más allá del deseo carnal. El don de lenguas y su habilidad para entender el dialecto de los tlatoanis aztecas requirió entrenamiento anterior, tal vez a través de su educación entre los mayas. Al enterarse de su don de lenguas, Cortes urde la manera de

despojar a Portocarrero de Malintzín. Mientras el amo de Malinche llevaba una de las Cartas de Relación al rey Carlos V, la expedición de Cortés avanzaba hacia San Juan de Ulúa, donde la joven reveló sus dotes de lengua, pieza clave en la alianza de Cortés con los pueblos tributarios del Imperio azteca.

Malinche significa capitán, jefe, y ese era el apelativo azteca para Hernán Cortés. Quizá por eso es que se dio tal nombre al extinguido volcán del territorio tlaxcalteca. Llamar Malinche a doña Marina —a la cacica zoque Malinalli— era una extensión que hacían los indígenas para subrayar su estrechísimo vínculo con el gran conquistador, quien inició la cría y explotación de ganado vacuno, el cultivo de la caña de azúcar, el trigo y el arroz en nuestro territorio, que fundó un astillero en la costa oaxaqueña, que estableció la primera línea mercante de navegación entre México, Panamá y Perú, que financió la exploración de la península de la Baja California y del enlace entre la Nueva España y las islas Filipinas, hasta llegar a determinar el “tornaviaje” que hizo posible el posterior enlace llamado “Nao de la China”.

Hernán Cortés, se eleva a Capitán Malinche en la guerra contra los tlaxcaltecas. En cada pacto, Cortés recibía nuevas mujeres nobles y nuevos aliados para la guerra. Así atacó Cholula, flanqueado por tlaxcaltecas y totonacos. El mito de Malintzín surge en esta batalla como la “traición de Cholula”, hecho que niega el Lienzo de Tlaxcala y que confirma Bernardino de Sahagún en su Historia General, donde la joven participa como intérprete mientras Cortés, informado por los tlaxcaltecas de un ataque inminente de los aztecas, fragua un plan de defensa y respuesta.

En aquellas masacres, envuelto entre los triunfos y derrotas, la figura de Malintzín es utilizada por las crónicas hispánicas para justificar las acciones militares del conquistador y para reconocer su papel principal en la conquista por delatar las conspiraciones enemigas. Los aztecas la odian, la llaman “cihuatzintli” (mujercita) ávida de oro en los Anales de Tlatelolco y los Cantares Mexicanos; la señalan de recibir más tributos que Cortés y de recibir mujeres como dádivas en el Códice de Tepetlán. En el Lienzo de Tlaxcala, por el contrario, Malintzín ocupa un papel protagónico, por encima de Cortés; los tlaxcaltecas se presentan como conquistadores.

A diferencia de Calafia, que busca la fama guerrera, Doña Marina es descrita por Bernal como "gran señora y cacica de pueblos y vasallos". Ante el temor a posibles represalias que siente ésta por haberle arrebatado el cacicazgo, la Malinche replica comentando que ha encontrado un nuevo camino en su vida: "[Contestó que] Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos ahora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hiciesen cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva-España, no lo sería; que en más tenía servir a su marido e a Cortés que cuanto en el mundo hay".

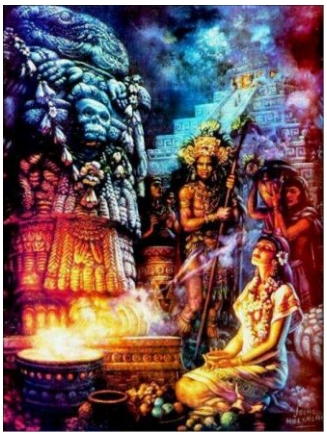
Participó Malinalli de la absurda expedición a las Hibueras y en esos meses fue entregada a Juan Jaramillo, que recibió además encomiendas y privilegios para mantener a la indispensable “lengua” o intérprete en las mejores condiciones. Acumuló el matrimonio la encomienda de Xilotepec (hoy Jilotzingo), una huerta en San Cosme, en las afueras de la nueva ciudad española levantada sobre las ruinas de Tenochtitlan, una señorial casa en la calle de Medinas (hoy República de Cuba), en el Centro Histórico, y la hacienda hoy llamada de Galindo, en las cercanías de San Juan del Río.

Tuvieron varios hijos y una hija y a temprana edad murió esta mujer, significativo factor en el clamoroso triunfo de Cortés contra el más fuerte imperio indígena de América, que se extendía desde lo que es hoy el Bajío hasta los confines de Costa Rica en Centro América.

Doña Marina murió hacia 1526, a su retorno de las Hibueras (Honduras), donde la condujo Cortés, urgido de su lengua, sin imaginar el mito que se tejía en su nombre y que la perpetuaría siglos después por su traición a una

patria inexistente. Para los tlaxcaltecas, Malinche ocupó un lugar central en las alianzas contra el Imperio azteca. Para las cortes españolas, Cortés era un aventurero despiadado y lujurioso; escandalizaban las noticias sobre las pasiones mundanas, del casamiento de Malinche con Juan Jaramillo, de la sodomía y el abuso con las doncellas indígenas.

La amazona Malinche

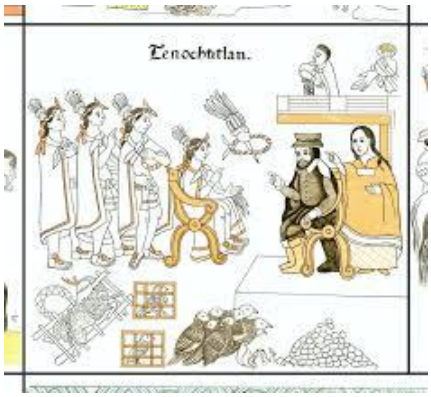


Las islas amazónicas California y Argalia quedarán bajo la ecúmene del imperio de Bretaña; La Nueva España bajo el dominio de España. La conversión de Calafia le depara un final feliz en la historia literaria de Montalvo; de Malinche poco se sabe sobre su matrimonio con un hidalgo y capitán de bergantín «que se decía Juan Jaramillo», fundador de la ciudad de Tepeaca y dueño de la encomienda de Xilotepec, obsequio de Hernán Cortés, con 18.000 tributarios y una renta anual de 17.000 pesos de oro, considerada una de las mayores encomiendas en América.

Bernal Díaz magnifica su sabiduría y recursos comparándolos a los de un hombre, como se aprecia en el relato del asedio a Tlaxcala: "Digamos cómo doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes (...) jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer. Es interesante comparar en este sentido el capítulo XXXVII de la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España y el I del Libro I de Amadís. Bernal Díaz registra que Doña Marina "tenía fuerza viril; aunque todos los días escuchaba que podrían matarnos y comer nuestra carne, y a pesar de que ya había vivido cercos en batallas pasadas, y aunque ahora todos nosotros estábamos heridos y sufríamos, nunca vimos en ella debilidad alguna sino sólo una fuerza mayor que la de una mujer" (I, p. 242). Jean Franco observa que en este pasaje Bernal Díaz del Castillo coloca a Doña Marina en el estatus de los hombres de honor; pero también nos hace saber que “ella era mucho más que una ventrílocua”.

En las Sergas, la boda de Calafia con el noble Talenque equivale al matrimonio de Malinche con Jaramillo. Las dos son conversas al cristianismo y aceptan su nuevo destino, en el marco de la guerra santa contra los infieles y paganos. En la probanza de sus servicios a favor de la conquista, un testigo de nombre Gonzalo Rodríguez de Ocaña afirmó que "gracias al trabajo de Doña Marina, muchos indios se volvieron cristianos y se sometieron al mandato de Vuestra Majestad." En esta cita podemos ver claramente la identificación de lo femenino con la constitución de la hegemonía a partir de su renuncia al paganismo politeísta; una hegemonía que, después de la violencia, quedaría consolidada en la historia de la iglesia católica. Marina no es solamente intérprete y traductora, sino la figura paradigmática en el proceso de conversión de la conquista en imperio.

La gran lengua



El Gran Lengua de la tribu, familiarizado por la pluma de Miguel Ángel Asturias, es el que posee el don de la palabra, sacerdote o hechicero vinculado a la cultura, a la memoria y las tradiciones de cada etnia. Malintzin se convirtió en un alter ego de Cortés. Su relación íntima con el conquistador operó como una especie de alianza entre la intérprete y el estratega militar, basada en la lealtad y la fidelidad a la empresa de conquista. La «afición al español» que Bernal atribuye a Malinche, facilitó la comunicación intercultural entre dos culturas distintas y conflictivas.

Para la intérprete esa ambivalencia respecto a su identidad original no estaba exenta de conflictos personales y étnicos. Su figura en las filas de los extranjeros favoreció el diálogo con los tlatoanis y caciques indígenas, de cuya persuasión se valió Hernán Cortés para llevar a cabo sus alianzas militares y capitulaciones. En este sentido, Malinche representó la gran lengua de los pueblos indígenas.

Hernán Cortés y sus tropas exiguas aparece indefenso frente a un enemigo de infinidad de lenguas desconocidas. Los primeros contactos se basaron en un lenguaje inter-semiótico. Colón en las Antillas recurrió a las señas; “las manos les servían de lengua”, dice el padre Bartolomé de Las Casas. Francisco López de Gómara, secretario de Hernán Cortés describe el encuentro entre indígenas y españoles: “Comenzaron a entrar

en plática por señas…" De estos encuentros surgió el indio "ladino" que *de puro oído* aprendió el español y sirvió de traductor a los conquistadores españoles. Rosenblath sostiene que "es significativo que el viejo término de ladino (moros ladinados o ladinos eran los que sabían latín) cobrara tanta vida en América". El término "ladino" es una variante de "latino" y en España se usaba para designar a quienes entendían otra lengua. En uso de "lengua" en la Nueva España es un sinónimo para intérprete.

En las Leyes de Indias (Libro II, Título XXIX, De los Intérpretes, 1529) se estableció la reglamentación de los intérpretes y las ordenanzas reales que regulaban su conducta. Su papel de mediador lingüístico se amplió a mediador intercultural entre españoles e indios. Escribanos, oidores, jueces, capitanes y cronistas nutrieron su experiencia a partir de los diálogos, conjuras, discursos, informes, relaciones, noticias y entramados diplomáticos de la conquista que tradujo no solo Malinche y Jerónimo de la Aguilar, en lo más álgido de la guerra de conquista, sino también aquellos intérpretes que acompañaron a otros capitanes militares (Grijalva, Olid, Narváez, Alvarado, Morla, Ávila, Portocarrero, Ordaz, Sandoval, etc.), a religiosos y en la primera Audiencia (1530).

El trato que ofreció Cortés a Malinche, equivalente al que ofreció a sus capitanes, estaba asignado por su relación extramarital. La posibilidad de la traición de la intérprete, dado su origen indígena, entraba en el campo de la sospecha permanente, como sostiene Francisco Solano. Ni Cortés, ni Bernal, ni los demás capitanes entendían el dialecto del tlatoani Moctezuma; tampoco de los tlaxcaltecas ni de los otros pueblos del vasto imperio mexica. Solamente la lengua de Malinche era capaz de convocar, interpretar y traducir lo que ocurría en la guerra librada por 500 aventureros españoles contra un ejército mexica estimado en 300 mil combatientes. Bernal, que hace justicia a Malinche, expresa el arte de narrar desde la memoria de los hechos y aporta su propia experiencia para valorar la historia vivida. La voz del cronista entre el *yo* narrador-protagonista y el *nosotros* de soldado, adquiere su experiencia de otra voz, la del intérprete de lenguas.

Si para Cortés la Malinche significó un instrumento a su servicio, para Bernal representó la posibilidad del triunfo en la conquista. "He querido declarar esto porque sin ir doña Marina no podíamos entender la lengua de la Nueva España y México", escribe. Es imprescindible tener en cuenta la importancia del rol del lenguaje para el objetivo religioso en el Nuevo Mundo, pues como afirman estos autores "su misión evangelizadora no podía prosperar sin entenderse con sus interlocutores". La Malinche adquiere un empoderamiento fuera de época. Inga Clendinnen señala que las mujeres aztecas no tenían el derecho a hablar en situaciones públicas importantes "y de ahí probablemente nazca la perturbación ante la imagen de esta "lengua."

Desconcierta la lealtad de Malinche a un Cortés calculador y pragmático. Su formación indígena no repara en los valores occidentales sobre la mujer ni parece ofendida por las constantes infidelidades de su "amo". Malinche testifica la crueldad de los españoles contra los mexicas sin inmutarse, como convencida de que merecían tal castigo, víctima a su vez de aquellas costumbres del tributo y botín de guerra a que estaban expuestas. Existe la posibilidad de que Malinche incubara algún tipo de venganza contra el trauma del desamparo y la esclavitud que sufre desde niña.

Malinche es la guía de Hernán Cortés por un territorio ignoto y enemigo, facilita las alianzas militares y aconseja lo más conveniente para avanzar hacia el Imperio Azteca. La conquista sería inexplicable sin la participación de Malinche, el verdadero genio militar, diplomático y religioso, de acuerdo a Jean M. Babelón. La conversión indígena al cristianismo igualmente está en deuda con esta mujer bautizada y conversa.

Valeria Añón sostiene que "*Cortés necesita datos, información que le permita configurar la cartografía tentativa de un espacio -geográfico y social- desconocido. Aquí es donde Aguilar falla. Es intérprete lingüístico pero no cultural, ni faraute*[1]*, puesto que no conoce el terreno ni puede dar más que información mínima sobre las poblaciones; por eso sólo es canal, conducto que transmite la palabra legal o religiosa".* Covarrubias define al faraute en su calidad de traductor e intérprete entre diferentes lenguas, valora las razones, advierte propósitos, previene riesgos y peligros, trujamán que recomienda intercambios y negocios. Margo Glantz señala al respecto: "Todo bullicioso es hablador y Malintzin lo es, ése es su oficio principal, el de hablar, comunicar lo que otros dicen, entremeterse en ambos bandos, intervenir en la trama que Cortés construye. Cumple a todas luces con el papel que se le ha otorgado: es lengua, es faraute, es secretaria, y como consecuencia, mensajera y espía".

El oficio de traductora de la Malintzin medió entre dos culturas disímbolas y antagónicas. El complejo mosaico mesoamericano, con sus pugnas internas, había forjado sociedades guerreras y tributarias. Malinche como interlocutora era a su vez mediadora entre los extranjeros y los pueblos indígenas. La voz es el atributo principal de la lengua del faraute. El segundo nombre de Malinalli es Tenépal, que Fernando Alvarado Tezozómoc traduce como "afilado", "expresivo" y por extensión, "persona que habla mucho y con finura". Fue nombrada "Malinalli" en honor a la diosa de la Hierba, y más tarde "Tenepal" que significa "el que habla con vivacidad".

Desde que arribó a la costa mexicana, hasta 1524, en que Cortés la casó con su Alférez Juan Jaramillo, la Malinche, Malinche auxilió en momentos álgidos de la violencia; salvó a Cortés en Cholula, le previno de conspiraciones de muerte, le asistió en la "noche triste " de Otumba, convocó a la conversión religiosa y contribuyó a los pactos indígenas. El biógrafo de Malinche, Mariano G. Somonte, afirma que "...es la intermediaria con los caciques, pero no como su intérprete sino como colaboradora con amplios poderes, pues dada su astucia y agilidad mental, soluciona problemas que los españoles no podían captar... no se limita a pasar recados, sino que de motu propio toma iniciativas para ayudar a someter y captar la voluntad de los indios."

Por su parte, Miralles señala que "La Malinche" continuaba con su fatigosa labor de intérprete, había gente de diversas zonas y ella era la encargada de traducir todo lo que decían y de despejar las dudas de Cortes y de los escribanos que no dejaban de preguntar pues querían saberlo todo. En especial sobre la localización de ríos, montañas y minas".

La importancia histórica de "La Malinche" es reconocida domésticamente. Gómara apenas la menciona; Cortés la omite de sus Cartas. La información biográfica es incierta y contradictoria. Todas las luces son para Cortés, enlace principal con la Corona española. Sin su presencia en la Conquista, Cortés hubiera naufragado en tierra de indios, al igual que Cabeza de Vaca. El valor de la "lengua" facilitó el conocimiento de los otros y las negociaciones. Malinche le ahorro a Cortés la vida de sus tropas y la obtención de botines de guerra. Eso significa que los avanzados de la Conquista, sin el dominio del náhuatl y otros dialectos maya-chontales, antes de aprenderlo hubieran fracaso en su empeño.

La voz del intérprete responde a un complejo entramado afectivo y sociocultural que por razones estrictamente militares adquiere un valor estratégico entre los conquistadores y los indios naturales. En los códices indígenas la Malinche siempre se observa intercalada entre las figuras principales. El tiempo que dura la guerra contra los mexicas eleva a Malinalli al sufijo reverencial Tzín (Malitzín), del que procede Malinche. Su figura adquiere el rango de diosa y de noble. Ese rango le concede un valor especial a Malinche como representante dual de la cultura indígena y española, del que procede su capacidad de convocatoria para la guerra o para la conversión al cristianismo.Un conquistador astuto como Cortés lo sabe. Chávez Alfaro identifica una dualidad en el nombre Malinche: "Quizá sea momento de descubrir la fuerza de la mujer-serpiente, lengua doble o traducción, que se guarda en el núcleo de la Malintzin, precisamente porque su obediencia no consistió en reproducir el original de una lengua a otra, sino de comprender y de crear, su tarea fue un negocio constante entre libertad y fidelidad a la palabra".

[1] El faraute es un intérprete, "encargado de llevar y traer mensajes entre personas distantes y que se fían de él", "persona principal en la disposición de algo, y más comúnmente la bulliciosa y entrometida que quiere dar a entender que lo dispone todo"

La boda con Jaramillo

Respetada, admirada y hasta temida por los indígenas, Malintzin “La lengua” sigue y sirve fielmente al conquistador, hasta da a luz a un hijo suyo. Sin embargo, avanzada la agenda de la Conquista, Cortés se deshace de ella, separándole del niño y entregándole como esposa a uno de sus compañeros de conquista, Juan Jaramillo. En pago de su buen servicio a la Corona Española se le otorga formar parte de la nueva nobleza como una dama respetable.

La decisión de Cortés ha provocado desconcierto en los historiadores de todas las épocas. Malinche asume el abandono de su “amo” y acepta su destino. A su vez, Cortés es traicionado por los suyos y por su Rey. De esta forma, él también comparte el sino de Malintzin, "consigue sus más caros anhelos", pero como su amante, al final, también los pierde y muere solo y desprestigiado en España añorando volver a la Nueva España.

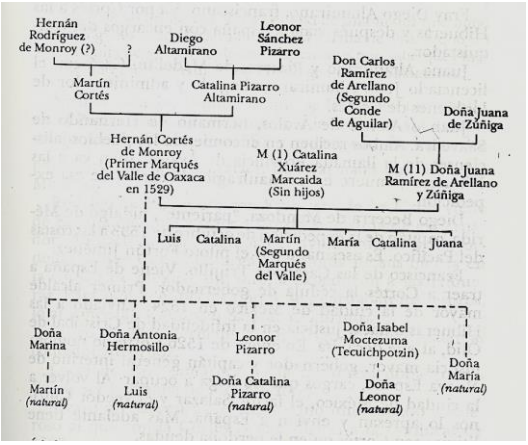
Es probable que el marqués del Valle previera, ante la constante intervención de visitadores y enviados del Rey, que su hegemonía estaba por concluir. Los nuevos tiempos de la conquista dieron paso a un proceso de institucionalización de la Colonia, estableciéndose la Primera Audiencia y los primeros litigios en los repartos de indios y encomiendas concedidas por Cortés a sus capitanes. Los poderes reales de Cortés disminuyeron ante el avance del sistema colonial. El juicio por la muerte de su esposa La Marcaida confirma que sus días de gloria estaban contados.

Todo eso podría explicar las razones ocultas del conquistador para casar a la Malinche con su amigo Juan Jaramillo. La dote que le concede a su capitán, que a su vez garantiza la comodidad de Marina, además de cumplir su promesa de libertad otorgarle las encomiendas de Huilotlán y Tetiquipac. La boda está empañada por la ligereza del cronista Gómez de Gomara cuando afirma que la boda se realizó cuando Jaramillo estaba borracho y que otros capitanes quedaron molestos por tratarse de una india, madre soltera y amante de Portocarrero y Cortés.

Gómara, el cronista oficial de Cortés, no oculta su menosprecio por Malinche. La relación carnal de Cortés la presenta como una cosa sin importancia; también minimiza la boda ebria de Juan Jaramillo en una ceremonia oficiada por fray Juan de Barillas. A Martín Cortés, lo define como "nacido de una india". Aquí Doña Marina aparece, simplemente, como la madre anónima de uno de los primeros mestizos, el hijo bastardo que prueba su entrega completa al conquistador. Doña Marina, aceptó a su nuevo marido y su nueva religión. Así lo dijo en 1523 a sus padres: "Os perdono y os estoy agradecida porque, gracias a vosotros, soy cristiana, tengo un hijo del señor Cortés y estoy casada con *un caballero como es mi marido, Juan de Jaramillo*, y en lo que más tengo es en servir a mi marido y a Cortés, más que nada en el mundo" (Bernal).

El 12 de octubre de 1524, Hernan Cortés realizó un viaje a Honduras con miras a expandir el Imperio y someter a Cristóbal de Olid, aliado de su enemigo jurado Diego de Velázquez. Malinche lo acompañó en esta nueva aventura y estuvo presente en el infame martirio y crimen de Cuauhtémoc, el último emperador azteca, llevado en el viaje para evitar una revuelta indígena en la recién derrotada Tenochtitlán.

En su 5ª carta, Cortés escribe de ese viaje tortuoso y justifica sus acciones, describe el desaliento de la tropa y el temor a la muerte por inanición o de encontrar antropófagos en el camino. A una legua de Tenciz hallaron el paso que fue su salvación, «el más maravilloso que hasta hoy se ha oído decir ni se puede pensar» y que Gomara considera «cosa de encantamiento, como los del *Amadís de Gaula»*.



De ser uno solo a través del bautismo, una como Doña Marina, otro como Capitán Malinche, su ruptura arroja más preguntas que respuestas. Con la ruptura de doña Marina "regresa a la nada sin que se sepa ni cuándo, ni cómo termina su vida" según Radina Plamenova. Violada, seducida, despojada de su hijo bastardo, desposada con otro hombre, traicionada por el amante infiel, Malinche es un drama fulminante para la historia poscolonial. Desaparece del relato histórico, las crónicas posteriores omiten su nombre y muere en el anonimato, sin tumba ni causa creíble.

El hijo que tuvo con Cortés, Don Martín Cortés, fue el primer mestizo de relevancia histórica como Comendador de la Orden de San Jago y en 1548 fue acusado de conspirar en contra del virrey y posteriormente ejecutado. Marina tuvo una hija de su esposo llamada María Jaramillo, de quien se sospechó era hija de Hernán Cortés. El registro de su muerte indica que fue víctima de una epidemia de viruela en 1529, a la edad de 27 años, en la calle de Moneda de la capital novohispana. El matrimonio vivió varios años en México donde ostentó, desde 1526, el cargo de alcalde ordinario. Tras la muerte de su esposa se casó en segundas nupcias con Beatriz de Andrade.

La única fuente fidedigna de que se dispone es la Probanza de méritos y servicios de doña Marina. El escrito de reclamación contra el propósito testamentario de Jaramillo, que precede a las probanzas, fue redactado en 1547 por María Jaramillo, en el que se dice que su padre lleva veinte años de casado con su segunda mujer, Beatriz de Andrade. Si Jaramillo contrajo nuevas nupcias en 1527, su muerte se produjo entre 1526 y 1527.

Del regreso de la expedición no se cuenta con información precisa. Algunas versiones cuentan que Malinche murió de varicela, en la ciudad de México, dos años después. En otras versiones, Juan Jaramillo la asesinó en un arranque de celos. Otra más señala que Malinche se quedó en su natal Jaltipan, Veracruz, a las tierras que Cortés le regaló y donde vivió sus últimos días sin sus hijos. El año de su muerte tampoco es preciso y se ofrecen los años de 1527, 1529,1531 e incluso de 1551 en España.

Paradójicamente, la importancia de Malinche como amante y como faraute disminuye tras la conquista de Tenochtitlán, camino a las Hibueras. En las Cartas del conquistador el nombre de Malinche aparece solo una vez, minimizada a su papel de servidumbre, lo que significa que Cortés se apropia de la voz del intérprete y de su relevancia en los asuntos de paz y de guerra. Al anular a Malinche, Cortés aparece como el capitán general de la conquista, único enlace entre la colonia novohispana y la Corona. Lo que no pudo evitar es su presencia en las Crónicas de Indias y en los diversos Códices, donde se le reconoce su importancia. Díaz del Castillo anota "...digamos como dona Marina, con ser mujer de la tierra, que esfuerzo tan varonil tenia, que con oir cada dia que nos habian de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer.

La leyenda de la Malinche

Malinche no tuvo acceso a la imagen que de ella escribieron los Cronistas de Indias ni compartió los argumentos del relato biográfico que la convirtieron "en un emblema biográfico social, un armazón que ha ido rellenándose continuamente, y de forma acumulativa, con las necesidades y las ideas de quienes se han querido servir de ella para la generación de un relato sintético, no sólo de la Conquista española de México (y por extensión de toda la dominación española en el continente), sino de la posición argumental del relato nacionalista primero y postcolonialista después, en un juego en el que Doña Marina deja de existir como sujeto y se convierte en argumento donde refugiar las miserias de unos y otros, las contradicciones y los relatos que aligeran el peso de la Historia y permiten así justificar cosas a veces injustificables" como afirma Querol Sanz.

Para entender la presencia permanente de Malinche a cinco siglos de distancia, es importante registrar su leyenda y mitificación ya no en el discurso colonial de los conquistadores y cronistas, sino como mujer víctima que asciende a la cúspide gracias a su don de lengua y de su lealtad al nuevo mundo que se entroniza como imperio. La leyenda negra se engendra en la misma época de la Conquista y resurge en el siglo XIX como mito de origen del mestizo mexicano entre visiones contradictorias de etnocentrismo y nacionalismo.

No existe en singular ningún personaje histórico que simbolice el arquetipo de La Chingada, el útero y vientre, la madre puta o la traidora sin el plural de la conquista militar española. El malinchismo como arquetipo de lo femenino, como metáfora del mestizaje, como imaginario colectivo, no encarna en la Malinche. Tampoco puede asociarse a La Llorona o divinizarse, como rezan las leyendas españolas y amerindias.

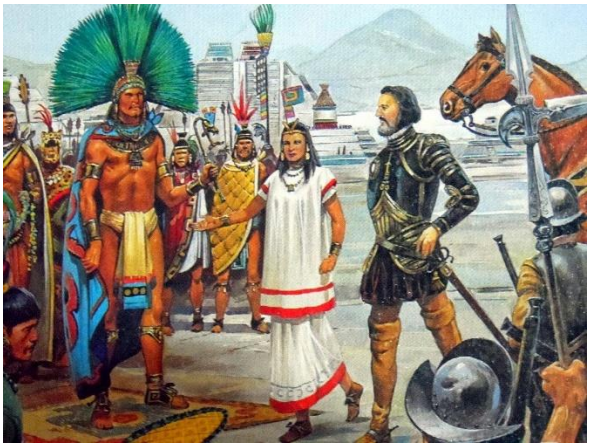
Así hemos llegado a considerar a La Malinche como La Llorona, La Chingada, la Madre de los mexicanos, la Mujer-Serpiente, la Gran puta y otras asociaciones míticas que responden a nuevos imaginarios sociales que se han acumulado a lo largo del tiempo formativo del Estado-nación como un metadiscurso de una identidad nacional ficticia e igualmente mitológica que necesariamente se refiere a la fundación de la mexicanidad en su origen. La serpiente pertenece a los mitos de origen judeocristianos y mexicas como causa del pecado original y del nacimiento de la mujer por la boca de Cihuacóatl, la diosa de la fertilidad asociada al monstruo de la serpiente bífida. En ambos casos la mujer serpiente cambia de piel, de nombre y de máscara divina.

Moctezuma, que confunde la llegada de Hernán Cortés con Quetzalcóatl, hijo de Cihuacóatl, lo llama Señor Malinche. "(…) en todos los pueblos por donde pasamos, y en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche, y así lo nombraré de aquí en adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquier indio así de esta provincia como de la ciudad de Méjico […]. Y la causa de haberle puesto este nombre es que como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, en especial cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en la lengua mejicana, por esta causa llamaban a Cortés el capitán de Marina, y por más breve lo llamaron Malinche", escribe Díaz del Castillo.

Para Sahagún, Cihuacóatl encarna la mujer-serpiente que salía por la noche con cabellos sueltos y vaporosos vestidos blancos para llorar la muerte de sus hijos, que en otras leyendas aparece como la Llorona y como parte de esos augurios aparece vinculada al retorno de Quetzalcóatl-Cortés. "A partir de la lengua bífida de la mujer serpiente, o Cihuacóatl, se recrea la idea de "lengua dividida" como característica del personaje histórico conocido como la Malinche, mujer traductora que permitió el "entendimiento" (condenado al malentendido) entre indígenas y españoles en la Conquista de la Nueva España*",* sostiene Gloria Luz Godínez.

Un sinfín de leyendas surgió en torno a esta figura fantasmal en donde la Malinche (Llorona) mató a los dos hijos que tuvo con Hernán Cortés y los arrojó a un lago, lo que asocia su nombre a montañas y lagos de diversos poblados fundadores como Chalchitlicue, la diosa del agua. Otra figura arquetípica de La Llorona es la devoradora de hombres, especie de sirena terrestre o mítica amazona que encarna la fatalidad de la Conquista.

Fueron los **patriotas** mexicanos del siglo XIX quienes atacaron la figura de Hernán Cortés como símbolo de la Conquista. Con ello necesariamente quedó asociada la figura de Malinche, su esclava, concubina y lengua. Con ello, se destruyó al Padre de la Patria Española y se reemplazó con el Padre de la Patria Independiente, dos constructos que han venido disputando la fundación de México. En la imagen de "La Chingada" queda enmascarada la imagen de la Madre Eva, traidora original, la Madre Malintzín, traidora de su raza y madre del malinchismo. Eva trasciende genealógicamente hasta María. Malinche se reproduce a través de millones de mestizos, hijos de padre español, los hijos de la Chingada que analizó Octavio Paz en el Laberinto de la Soledad, retoma las ideas adlerianas del filósofo Samuel Ramos, desde una perspectiva sicológica de la historia para explicar el complejo de inferioridad del mexicano a partir de la Conquista.



Se cuestiona su “traición” al pueblo mexicano por su pasividad e incapacidad para ofrecer resistencia ante la violación de Cortés. Octavio Paz arriesga esta postura: «Esta pasividad abierta al exterior la lleva a perder su identidad: es la Chingada. Pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada». De este tipo de argumentos han simplificado la Conquista, como si una jovencita esclavizada pudiera frenar por sí misma un proceso de expansión militar del Imperio español.

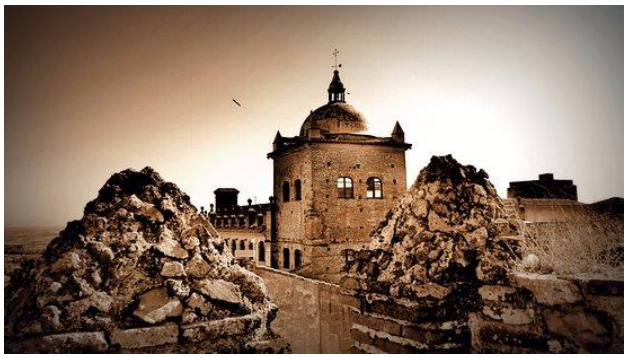
La Madre violada es resultado de la Conquista despótica que ocurre en todo el continente americano. La consecuencia inmediata es la derrota de los pueblos nativos y la violación de las mujeres. La Chingada con hipérbole y mayúscula no es un ser mítico ni histórico, es una elaboración intelectual con referentes a las mujeres victimadas por extranjeros. William B. Taylor, aporta pruebas muy convincentes de que la expresión "hijo de la chingada" no se usaba en México a principio del siglo XIX, lo que niega la marca de origen en la mentalidad de mestizos y criollos; también exonera a La Malinche. Cualquier historiador puede comprobar que Malinche no es la única mujer indígena que mantuvo relaciones sexuales con los conquistadores. Antes Gonzalo Guerrero y el capellán Jerónimo de Aguilar engendraron con indias mayas. El linaje de Moctezuma II está preñado de ejemplos hasta segunda y tercera generación.

La Conquista de México proyecta el imaginario cultural aún medieval en el que participan religiosos, conquistadores y cronistas de Indias desde el arribo de Cristóbal Colón, donde el macho ibérico hizo de las suyas con las nativas de El Salvador, Cuba y otras islas del Caribe; el propio Hernán Cortés cohabitó con una aborigen de nombre Leonor Pizarro, quien le dio una hija, Catalina. Miguel de Cuneo, genovés amigo de Colón y compañero de expedición de éste en su segundo viaje, narra una violación sexual en América: *“Estando yo en la barca tomé una cambala bellísima, la cual me regaló el señor Almirante; y teniéndola en mi camarote, al estar desnuda según su usanza, me vino deseo de solazarme con ella; y al querer poner en obra mi deseo, ella, resistiéndose, me arañó de tal modo con sus uñas que yo no hubiese querido entonces haber comenzado; (…) agarré una correa y le di una buena tunda de azotes, de modo que lanzaba gritos inauditos (…). Por último, nos pusimos de acuerdo de tal manera que os puedo decir que de hecho parecía amaestrada en la escuela de rameras”.*

El abuso de mujeres en América obligó al rey Fernando El Católico a normar los matrimonios mixtos en 1614. La real cédula validaba cualquier matrimonio entre varones castellanos y mujeres indígenas del que resultó la experiencia colonial del mestizaje. En 1500 los monarcas prohibieron la esclavización de amerindios para proteger sus derechos, luego ratificados en las Leyes de Burgos de 1512 y de Valladolid en 1513.

Los conquistadores no se detuvieron ante la falta de mujeres españolas. Las mujeres nativas se convirtieron en criadas domésticas y en esposas, aprovechando la idea de que los matrimonios mixtos facilitaban la evangelización, como fue el caso de los enlaces matrimoniales promovidos por Hernán Cortés con los herederos de Moctezuma. Isabel de Moctezuma. Tecuichpo Ixcazochitzin, siendo aún niña fue desposada con el noble Atlixcatzin, muerto en 1520, y vuelta a casar con los emperadores mexicas Cuitláhuac y Cuauhtemoc. La caída de Tenochtitlán condujo a Tecuichpo a convertirse al catolicismo con el nombre de Isabel, casándose con Alonso de Grado y pariendo un hijo de Cortés. A los 18 años la última emperatriz azteca sumaba seis matrimonios, lo que muestra el interés de simbolizar la unión de los imperios Español y Americano.

En Cempoala y Tlaxcala, los españoles recibieron a las hijas de los gobernantes para “hacer generación” o “engendrar” como anota Bernal Díaz. El caso de doña Isabel Moctezuma, casada con tres gobernantes mexicas, su tío Altixcatzin, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, ilustra el matrimonio dinástico tras su conversión, siendo parte de la casa de Cortés sin casarse con él, sino con Alonso de Grado, Pedro Gallego y Juan Cano. Desde la perspectiva indígena, los gobernantes masculinos buscaron construir alianzas permanentes con españoles prominentes a través de la sangre, aunque en el caso de doña Isabel, miembro de la nobleza mexica, recibió de la corona española el título de emperatriz y de sus descendientes surgiría por un lado la Casa Moctezuma, dueña de gran parte del centro histórico de Cáceres, capital de Extremadura, conocido como Palacio de Toledo.



Marina también recibió la encomienda de Huitlán y Tetiquipac tras vivir en Coyoacán y darle un hijo a Cortés en 1522. La promesa de “libertad” fue cumplida a través de su matrimonio con el hidalgo Juan Jaramillo, de la misma manera que Amadís ungió el matrimonio de Calafia y Talanque. El trato de Cortés hacia la nobleza indígena, en especial de los pueblos aliados como los tlaxcaltecas, fue de respeto a su linaje, a sus títulos primordiales y de señorío, aunque sujetos a tributo de la Corona española y de los encomenderos, origen posterior de muchos litigios de tierras en la primera y segunda Audiencia. Para el tema, importa destacar el papel que jugó Malinche como pareja de Cortés, quien al ser despojada de su origen noble quedó como lengua y concubina, en tanto Isabel Moctezuma recibió en encomienda perpetua en Tacuba y Tenango del que surgió el linaje del Conde de Miravalles (1670).

La invención de Malinche supera a la Doña Marina violada y humillada por Cortés. Los críticos de Malinche se preocupan más por la bastardía de sus hijos y su complicidad con Hernán Cortés que por explicar la conquista de un Imperio ambicioso, que impuso una barbarie civilizada en América, a costa de la destrucción de las civilizaciones autóctonas. En el conjunto de leyendas atribuidas a la Malinche subyace una biografía ideologizada producto del resentimiento postcolonial de los mestizos, herederos de lo que han llamado el trauma de la conquista por la genealogía de la “india violada”, del que proceden millones de mexicanos. En esos relatos la Malinche no es un ser humano en la historia, sino un símbolo que acumula el conflicto de identidades surgido del encuentro entre dos mundos, sin perder el carácter patriarcal y moralista precedentes. Los “hijos de la chingada” en Octavio Paz son los mestizos, hijos de madre violada por extranjeros como si se tratara de una invasión extranjera a la patria. El sincretismo literario y cultural de los textos de la Conquista abona a la falsificación de la realidad histórica que en otros contextos y con otros actores han reinterpretado la vida de Malinche con matices ideológicos contradictorios que solo han contribuido a fortalecer la leyenda de Malinche y el malinchismo.

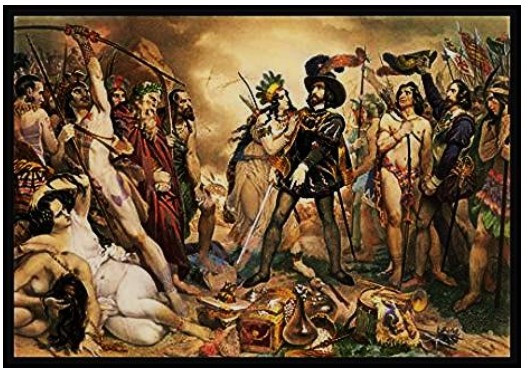
Resulta curioso que Malinche encarne todas las culpas y pecados de la Conquista, cuando su conversión al cristianismo es repetido masivamente por todos los pueblos amerindios. Entre el mito fundacional mexicano y el enunciado de la traición y la sumisión indígena y femenina al conquistador, se omite que muchos pueblos enemigos de los mexicas participaron en la guerra y que en esas alianzas existió un proceso de conversión religiosa y cultural. El papel de intérprete asumido por Malinche no quita la victimización sexual y doméstica que sufrieron miles de mujeres indígenas al paso de los conquistadores.

En un libro publicado por Matthew y Oudijk, se demuestra que la Conquista “española” fue un proceso muy complejo en el que los indígenas representaron un papel igual, o más importante, que el de los conquistadores. La llegada de los conquistadores marcó para España el inicio de la Conquista y finalizó al instalarse el sistema colonial. Para el caso de México, apenas fue una continuación del desarrollo milenario de cientos de pueblos y culturas indígenas después de 1519, en donde irrumpe la empresa colonialista con los resultados ya conocidos.

La lectura de las crónicas y códices antiguos, en donde se anotaron falsificaciones, hechos de oídas, noticias exageradas, sospechas y elucubraciones, plantea una visita constante a la historia. Por ahora, las mujeres principalmente, reivindican el papel de Malinche como madre del México mestizo por ser la más sobresaliente de las mujeres que participaron en el proceso de conquista como parejas sexuales, como criadas domésticas o como soldaderas del ejército invasor.

Su pertenencia al mundo indígena y los relatos de la conquista que aparecen en los códices aztecas surge el imaginario del indígena derrotado, supersticioso y víctima de la Conquista. Los españoles eligieron Tenochtitlán para fundar la capital del virreinato y el náhuatl como lengua oficial de los indios.

A la diestra mano del Virreinato



Tras el juicio celebrado por la muerte de La Marcaida, Cortés volvió a casarse con una española de alcurnia, Doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga –Juana de Zúñiga- de 20 años, en Béjar, España, al mismo tiempo que moría Doña Marina. Eran tiempos de fuertes rivalidades con la Primera Audiencia, presidida por Diego de Guzmán, enemigo jurado de Cortés desde su nombramiento como Gobernador de Pánuco y más aún de la expedición de 1524 de Cortés, cuando Francisco Cortés de San Buenaventura recorrió el occidente.

Los informes negativos contra el Conquistador habían llegado al rey Carlos V y en 1528 convocó su presencia a través del obispo de Osma y presidente del Consejo de Indias, quien le escribió una carta rogándole que viajara a España con el fin de aclarar su actuación ante el Emperador. Su sueño de convertirse en virrey de la Nueva España se redujo al título de caballero de la Orden de Santiago y Marqués de Oaxaca, la dotación de 22 pueblos con 23.000 vasallos y la mano de Juana de Zúñiga.

Su regreso no lo desanimó en sus ánimos de aventura y retomó la empresa, iniciada en 1522 por Cristóbal de Olid entre los tarascos, de explorar nuevamente las costas del Pacífico, interrumpidas por su expedición de Cortés a las Hibueras. En 152I Cortés recibió una comitiva purépecha y al siguiente año exploró el territorio de Michoacán, entusiasmado por el oro y las piedras preciosas de estos pueblos tributarios de Tenochtitlán.

Leonard señala que Cortés en su 4ª Carta escribió que su lugarteniente: «prendió una señora a quien todos en aquellas partes obedecían, se apaciguó, porque ella envió a llamar todos los señores y les mandó que obedecieran lo que se les quisiese mandar en nombre de vuestra majestad, porque ella así lo había de hacer». El informante, Cristóbal de Olid, prácticamente hace referencia al gobierno de las amazonas. Francisco Montaño, que participó en las campañas de 1522, confirmó la encomienda de buscar el legendario pueblo de las amazonas, lo que aumentó la empresa de conquista de Colima. Las noticias de Cihuatlán exacerbaron más aún a Cortés, quien tenía instrucciones de buscar un supuesto en el Mar del Sur un estrecho intercontinental y una ruta a La Especiería. Con estas ideas, las ambiciones de encontrar otros reinos fastuosos, envió en 1527 la búsqueda de las naves de Sebastian Cabot y García Lofre de Loaisa por órdenes de la Corona. La ruta entre Las Molucas y la Nueva España estaba inexplorada, con una isla imaginaria poblada de mujeres.

Poco tiempo después de retornar de España, llegaron tras de Cortés los oidores de la Segunda Audiencia con plenos poderes reales para organizar el inminente virreinato. No obstante las pérdidas que sufrieron sus naves que viajaron a Las Molucas y del daño a sus astilleros, el Capitán General solo tenía ante sí la exploración de nuevos territorios, lejos de los asuntos de la Nueva España. La exploración del Mar del Sur, acordada en 1529 con la Corona, por ningún motivo podría invadir la ruta de la Especiería ni la jurisdicción de Portugal en el Oriente.

La conquista de la Nueva Galicia inicia en diciembre de 1529 por el encomendero Nuño Beltrán de Guzmán, presidente de la primera Real Audiencia de la Nueva España y gobernador de Pánuco, impulsado por su ambición de conectar la costa del Golfo de México al Océano Pacífico, totalmente independiente de la Nueva España—, y en abierta rivalidad con Hernán Cortés. En esa costa en disputa, el interés de los conquistadores obedecía al interés del Rey de España, Carlos V, de explorar la ruta, abierta en 1520 por Hernando de Magallanes, entre Europa y “La Especiería” (India, Japón y China).

Cortés inició la década de los treinta en litigios con la Audiencia de México a la par que hacía continuos recorridos a caballo de Cuernavaca a sus astilleros de Tehuantepec. El 15 de julio de 1530 preparó una nueva armada para cumplir la capitulación de Madrid el 27 de octubre de 1529. Entre 1532 y 1533 vivió en la playa inhóspita y arenosa de Tehuantepec, donde se levantaba un pequeño villorio de casas improvisadas con materiales de la región. De España había traído herreros y carpinteros para la construcción de los nuevos navíos en el puerto de Acapulco; en La Española adquirió caballos y bastimentos. El capitán Diego Hurtado de Mendoza, con experiencia en otras jornadas, se hizo a la mar en dos pequeños bergantines con 51 hombres a bordo, más un negro y un indio no registrados, entre ellos Melchor Hernández, piloto de la capitana, Andrea, contramaestre de la Capitana, Francisco de Acuña, maestre del galeón, Pero Ruizuna, escribano y los soldados.

En las condiciones impuestas por la Corona se advierte el desconocimiento georáfico de la morfología continental de América. Obligado Cortés a no entrar en los dominios de Pánfilo de Narváez o de Nuño de Guzmán. En ese mar ignoto, lo mismo que en os tiempos de Colón sobre el Nuevo Mundo, el campo de la fantasía aun dominaba a los exploradores, cartógrafos y autoridades coloniales. A la idea de la isla de mujeres en la Mar del Sur, el Estrecho de Anián y la isla Rica en Oro y Plata se sumarían pocos años después las Siete Ciudades de Oro tras las noticias de Cïbola y Quivira.

Ni Narváez ni Guzmán tenían jurisdicción sobre la ruta de las Especierías, en donde se localizaba la isla California. Diego Hurtado partió el 30 de junio de 1532 con los dos navíos, el San Miguel y el San Marcos rumbo a la costa de Colima, donde tomaron posesión de las islas Marías, reclamadas por Guzmán como suyas. En Chiametla se tomó una decisión drástica y 38 tripulantes retornaron a Nueva España. Algunos cronistas y el propio Nuño de Guzmán se refirieron a este incidente como motín a bordo, provocados por el hambre y el temor de morir en aquella aventura. Y no estaban equivocados. El bergantín subió a la altura de la villa de la Purificación, donde encalló haciéndose pedazos. Los sobrevivientes continuaron a pie hasta Cihuatlán, siendo muertos por los indios 15 de ellos. Los que regresaron, Nuño de Guzmán los apresó y juzgo por desembarcar ilegalmente en sus costas de Nueva Galicia.

En octubre de 1533 se envió una nueva expedición desde Manzanillo, encabezada por los capitanes Diego de Becerra, en el barco "Concepción" y Hernando de Grijalva, a cargo del "San Lázaro". Para el fin del año, el "San Lázaro" se separó demasiado del otro barco y esperó por tres días para continuar hacia el norte, donde descubrió una isla que denominó *Santo Tomás* (Isla Socorro) y un conjunto de isletas a las que llamó *Los Inocentes* (Islas San Benedicto). El barco "Concepción" sufrió un motín encabezado por el contraalmirante Fortún Jiménez, quien asesinó a su capitán Diego de Becerra mientras dormía. Los heridos y los franciscanos fueron abandonados en las costas de Michoacán y de allí se perdió cierto tiempo.

Grijalva esperó tres días a la nave *Concepción* que capitaneaba Becerra y se dirigió hacia la península de Baja California. Asesinado en la travesía, los amotinados pusieron rumbo a las costas de Michoacán. El 21 de diciembre de 1533 Grijalva, que llevaba de piloto a Martín de Acosta, descubrió una isla que no figuraba en sus cartas de navegación, ni en relación alguna. Le tomó cinco días acercarse y desembarcar. Al estar en tierra tomó posesión de esta isla en nombre del rey de España, poniéndole por nombre *Santo Tomás* en honor del santo que se festejaba ese día, hoy es llamada isla Socorro del archipiélago de Revillagigedo. Pocos días después descubrió una isla que llamó *Los Inocentes*, que actualmente es la isla San Benedicto.

En lo que Cortés organizaba una nueva campaña, ahora en el Perú, Fortún Jiménez descubría la isla tan buscada. Por el efecto del alcohol y al ver que los indios andaban semidesnudos, los españoles tomaron por la fuerza a las nativas. La reacción de los indios fue violenta y en el enfrentamiento murió el capitán Fortún Jiménez. Los sobrevivientes escaparon en el barco, llevando consigo perlas y conchas del lugar. En su declaración a Nuño Guzmán certificaron que “la tierra era buena y bien poblada, y rica en perlas”.

"El Concepción" navegó hasta la costa de Jalisco, donde fue capturado por Nuño de Guzmán. Las noticias de aquella isla suspendieron los preparativos de Cortés y con los bastimentos adquiridos organizó una nueva búsqueda de las amazonas y de sus perlas. El 8 de febrero de 1535 Cortés escribe al Consejo de Indias desde Manzanillo, contando que tenía listos tres navíos para una tercera expedición: San Lázaro en que volviera Grijalva, la Santa Águeda y la Santo Tomás. Llevaba consigo religiosos, médicos y muchas provisiones. Su capitán Andrés de Tapia también le acompañaría. Bernal Díaz del Castillo menciona a 320 tripulantes, entre ellos 23 matrimonios; Gomara aumenta la cifra y atribuye al conquistador Andrés de Tapia y amigo de Cortés, una tripulación de 300 españoles, entre ella 37 mujeres.

California, la del mito

Hernán Cortés encabezó la expedición de tres navíos Santa Agueda, Santo Tomás y San Lázaro hasta llegar a una bahía que bautizó Santa Cruz (hoy La Paz). En abril de 1535 Cortés se embarcó con parte del ejército y algunos caballos, arribando a una bahía donde localizó los vestigios de la expedición de Fortún Jiménez. En la primera representación cartográfica de las tierras descubiertas, se registran los siguientes topónimos: Puerto de S.+, Isla “de Perlas” (islas del Espíritu Santo y Partida), isla Santiago (Cerralvo) y S.[ierra] San Felipe, al sur de isla de Santiago, dentro de la península, muestra de la exploración realizada en el tiempo que duró la colonia.

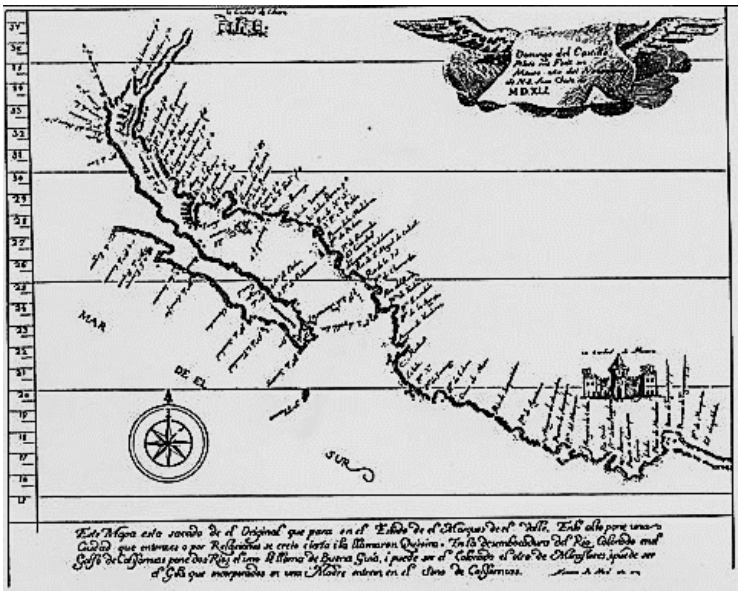
El 3 de mayo entró en la bahía y la llamó Santa Cruz. Cortés tomó formal posesión de la tierra en nombre de la Corona española ese día y para el 10 de mayo, escribe: “En lunes, diez días del mes de mayo, año del nacimiento de Nuestro Señor Salvador Jesucristo de mil y quinientos y treinta y cinco años, estando en la bahía del puerto de Santa Cruz de la Mar del Sur, en la tierra nuevamente descubierta por el muy ilustre señor don Fernando“.

La isla innominada durante la estadía de Fortún Jiménez, es reconocida como descubrimiento. En el texto de la toma de posesión se establece que “…el muy ilustre señor don Fernando Cortés, marqués del Valle de Oaxaca, capitán general de la Nueva España y Mar del Sur por [gracia de] Su Majestad, llegó a un puerto y bahía de una tierra nuevamente descubierta en la dicha Mar del Sur”. El segundo escribano Martín de Castro, siete días después confirma esta frase: ”….estando en la bahía del puerto de Santa Cruz de la Mar del Sur, en la tierra nuevamente descubierta por el muy ilustre señor don Fernando Cortés [...] la cual en nombre de Su Majestad viene a conquistar y poblar”.

No ha quedado claro el origen del nombre de California, aunque la expedición llevaba la idea de una isla de poblada de mujeres. La toponimia registrada en el primer mapa levantado no menciona este nombre tomado de la novela de caballerías, lo que ha desatado todo tipo de conjeturas sobre su autor. El mapa levantado durante la expedición de Cortés no registra ese nombre, lo que hace probable que surgiera en el tiempo que el capitán Francisco de Ulloa permaneció al frente de la colonia de Santa Cruz y de su posterior expedición a California (1536-1539). Carlos Lazcano toma de un escrito

de Francisco Preciado, uno de los lugartenientes de Francisco de Ulloa, escrito en 1540, que "…aquí nos encontramos a cincuenta y cuatro leguas de distancia de la California, poco más o poco menos". Esa distancia, a partir de la bahía de La Paz, parece referencia a la punta de la península, hoy Cabo de San Lucas, también conocida como Punta Ballenas.

Giovanni Battista Ramusio recogió la versión de Preciado: "El 10 de noviembre nos encontramos a 54 leguas de la costa, en el sudeste, cuando observamos tres o cuatro hogueras. Nuestro intérprete, un indígena de California" Es evidente que la referencia de Preciado es la más antigua que se ha documentado, pero eso no significa que sea el autor de la toponimia. La versión de Hakluyt dice "…Cada noche vimos lumbradas, que mostraban que el país está muy poblado. Así procedimos con nuestra viaje hasta el diez del dicho mes de noviembre….Aquí estábamos a 54 leguas de distancia de California, poco más o menos, siempre hacia el suroeste, viendo en la noche tres o cuatro lumbradas". Por su parte, Pedro Palenzia, desde el mismo sitio, comenta: "a 54 leguas de Santa Cruz". Álvaro del Portillo comenta que "Luego lo que es California para uno es Santa Cruz para el otro". En su opinión, el nombre de California es anterior al año 1539, basado en la falta de referencias de Ulloa y Palenzia sobre esta toponimia literaria. La presencia de un intérprete nativo en la comitiva es referida en varias ocasiones como originario de la bahía de La Paz, mismo que no pudo entenderse con los nativos de San Marcos. La semiótica del texto de Preciado ("estábamos a 54 leguas de distancia de California") refiere una toponimia ya existente o conocida por la tripulación.

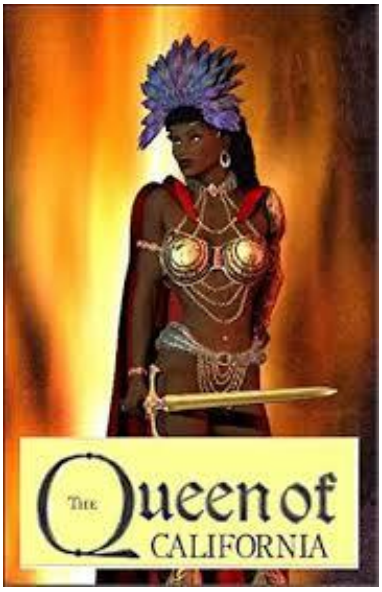


El escribano, al señalar que la isla se localiza en la Mar del Sur, establece su referencia geográfica separada de toda jurisdicción del virreinato. La toma de posesión del puerto de Santa Cruz, al no definir las características geográficas descubiertas, dejó abierta la posibilidad de recibir un nuevo bautizo, siendo que en todo caso el estatuto legal del nombre sería isla de Santa Cruz. Esta omisión, dada la dimensión de la supuesta isla, pudo derivarse del desconocimiento que en 1535 tenían de las nuevas tierras.

La idea del nombre de California quedarían fijadas posteriormente, a raíz de los registros cartográficos e informes de Francisco de Ulloa, aunque sus exploraciones marítimas por el golfo de Cortés y el Pacífico californiano reemplaza la idea de isla por el de península. La Carta náutica realizada por el piloto Domingo del Castillo de estas exploraciones data de 1541 y en ella no se registra California. "Ciudad de Cíbola", "Río de la buena guía" (proviene de la expedición de Alarcón, en la que también participó el piloto Domingo del Castillo), Brazo de Miraflores, puerto Perlas, P. de S. +, Punta de Santiago, Punta de la Trinidad, Punta de San Abad (actual bahía Magdalena), Chumadas (¿por Aguadas?), Punta de Arrecifes, Los Inocentes, San Esteban (isla Cedros), Punta de Reparo, Punta de Cazones y Cabo de Engaño. El padre Antonio Meno en 1541 se refirió a California y en un mapa atribuido a Domingo del Castillo aparece esta misma toponimia como Punta de Santiago. El mapa es "copia muy tardía, publicada en la obra del arzobispo de México, Antonio de Lorenzana, Historia de Nueva España México, 1770". Los topónimos añadidos posteriormente, como el de "California", se inserta con otro tipo de escritura a lo largo del extremo sur de la península. En el Mapa de la Costa Occidental de la Nueva España y de la Península de Baja California, elaborado por el navegante Domingo del Castillo, hacia el año de 1545, no se incluye la toponimia California.

Las toponimias de Cíbola y río de la Buena guía demuestran que la toponimia de su carta náutica acopia información de las expediciones de Francisco de Ulloa y de Fernando de Alarcón, iniciada en mayo de 1540, lo que favorece la hipótesis del escarnio de Alarcón por el fracaso de Hernán Cortés, de no ser por la navegación de sus naves sobre la línea oriental del golfo, sin vista directa sobre el macizo montañoso de la península. Miss Pustnam asegura que ese nombre se empezó a usar en el siglo XVIII, probablemente cuando se realizó la copia del mapa original, por instrucciones de Lorenzana.

El sistema de topónimos latinoamericanos observa diversas constantes en su desarrollo bajo la influencia del entorno geográfico, del contacto entre lenguas y culturas, de la combinación de lenguas autóctonas y europeas. En el caso de California, las toponimias autóctonas son posteriores a las primeras expediciones de Cortés, Ulloa, Cabrillo, Ortega y Vizcaíno, lo que indica que no existió entendimiento ni contactos prolongados con los dialectos nativos. El traslado de topónimos europeos como réplica de lugares conocidos en el Viejo Mundo tampoco es visible en los registros cartográficos de este período. La mayoría de los nombres proceden del santoral cristiano (Santiago, San Miguel, Los Inocentes, San Esteban, San Marcos, San Abad y San Cristóbal) o en honor de algún monarca o personaje relevante (Mar de Cortés, Puerto Marqués, por ejemplo); y unos pocos distinguen accidentes geográficos como Punta de Arrecifes, río El Carrizal, Punta de Reparo, Punta de Cazones y Cabo de Engaño; el topónimo Chumadas al parecer es de origen arábigo de Granada y tiene un doble significado como borracho o como día del calendario. Respecto a los topónimos que proyectan mitos universales como Amazonas, Carib, Armenias y otras entran en esta categoría.



De acuerdo con Lotman, la semiótica del espacio proyecta la imagen del mundo que refleja el significado de una cultura. California, como un ente histórico, surge en algún momento de las dos primeras expediciones motivado por la seducción original de Cihuatlán y las mujeres amazonas. Bernal Díaz recoge esta emoción: ” Y el piloto Ortuño Jiménez, cuando estaba platicando con otros pilotos en las cosas de la mar, antes que partiese para aquella jornada, decía y prometía de llevarles a tierras bien afortunadas de riquezas, que así las llamaban, y decía tantas cosas cómo serían todos ricos, que algunas personas lo creían”.

La construcción ontológica rompe toda instrucción en materia de toponomástica española para convertirse en nombre propio del territorio descubierto. No existe toma de posesión de ningún puerto, isla, ensenada, punta, sierra o bahía al que se le haya impuesto el nombre de California, lo que indica que el topónimo es de tipo marginal, aplicado posiblemente por algún explorador enviado por Cortés durante la colonia de Santa Cruz. Bernal Díaz del Castillo deja entrever esta posibilidad de que Cortés ordenó la exploración de los alrededores de Santa Cruz cuando escribe: “…y comieron tanta carne los soldados…que se murieron la mitad de los que quedaban…Y por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fue a descubrir otras tierras, y entonces se toparon con la California, que es una bahía…” (Cap. 106). Ponce menciona “algunos investigadores” que han considerado muy probable que estas exploraciones “hubieran llegado al sur de Bahía Magdalena y determinado su situación geográfica aproximada”. Otros autores señalan esa bahía como San Lucas o Punta California.

En el siglo XVIII existe la certeza de que California se localiza en el finisterre peninsular. Francisco Xavier Clavijero, en la “Historia de la Antigua o Baja California”, señala: “Contristado éste con tantas desgracias, volvió a salir a reconocer otros países de la península, dejando en aquel fatal puerto la mayor parte de la gente a las órdenes del capitán Francisco de Ulloa. Entonces fue cuando descubrió junto al cabo de San Lucas un puerto que llamó California, cuyo nombre se hizo después extensivo a toda la península”. Esta versión de lo dicho por Bernal Díaz sobre la exploración a una bahía cambia el sentido de los hechos. López de Gómara en concordancia con Clavijero señala: “Punta Ballenas, que otros llaman California”, nombre que se registró durante el retorno de Preciado rumbo a la Nueva España al descubrir 500 ballenas en San Lucas. Para 1542 el nombre de California es ya mencionado por Juan Rodríguez Cabrillo. Álvaro Portillo explora la posibilidad de que el nombre corresponda al tiempo de la colonia de Santa Cruz e incluso la idea de que la California se atribuye a Fortún Jiménez como sugiere Chapman.

California, un reino de ficción literaria, por obra de la experiencia exploradora, se corporizó en una geografía que pasó a la historia y la literatura universal a partir de su relación con un mito arcádico. La única certeza tangible es que la toponimia de la isla California y su localización ambigua, cercana al Paraíso terrenal, se insertó en la historia, lejos, muy lejos de su origen, en las aguas del Mar del Sur, durante las exploraciones de Hernán Cortés en la isla de Santa Cruz.

El origen y significado del vocablo se perdió con el tiempo. Los latinistas como Miguel del Barco, Joseph Campoi y Francisco Xavier Clavijero atribuyeron las raíces al callida fornax, a causa del "mucho calor" que Cortés sintió durante la efímera colonia en Santa Cruz, lo que Campoi deriva la raíz *cali* de la voz hispanoárabe *cala,* que significa ensenada pequeña de mar, y del latín *fornix* o bóveda. Resulta curioso que jesuitas como Barco y Clavijero, o eruditos como José Campoi, desconocieran la fuente literaria de las Sergas de Esplandián mientras que un oscuro marinero –se supone que ignorante- bautizaba la isla, recién descubierta en1535, con un nombre difundido veinticinco años antes por Rodríguez de Montalvo.

En 1739 Miguel de Venegas inaugura el tema de la etimología de California: "Bien quisiera poder informar a los curiosos del origen y etimología de un nombre, que ya por la extravagancia de su sonido, ya por el eco de desgracias verdaderas y de riquezas soñadas, se ha hecho memorable en la Nueva España, y aun en Europa. Pero lo que puedo decir es que en ninguna de las diferentes lenguas de los naturales han hallado los misioneros, que se dé semejante nombre a la tierra, ni tampoco a algún puerto, bahía o paraje de ella. Por otro lado, no puedo adoptar la etimología, que algunos señalan, suponiendo, que es nombre puesto por los españoles, de los cuales afirman, que sintiendo extraño calor en las primeras entradas, apellidaron a la tierra California, formando una voz de estas dos latinas: Calida fornax, como si dijéramos: 'Horno caliente'. Temo, que muchos no creerán de nuestros conquistadores tanta humanidad, y aunque Bernal Díaz del Castillo no niega a Cortés la gracia singular entre sus compañeros, de ser latino, y aun poeta y bachiller en leyes, no vemos que usase él, ni tampoco sus capitanes, esta manera de dar nombres a sus conquistas. Juzgo, pues, que este nombre nació de alguna casualidad, como pudo ser, entre otras, la de algunas palabras de los indios mal entendidas de los españoles".

De su lectura, se puede pensar que Venegas cuestiona el latinismo de Cálida Fornax pues no tiene la "gracia" que Bernal Díaz le atribuye. Tampoco fue verdad que los españoles recogieran alguna palabra de los indios. Fue hasta 1862 cuando Edward Everett Hale, descubrió el nombre California en las Sergas de Esplandián de Montalvo. Sin embargo, Hernán Cortés está más cercano al mito amazónico que a su recreación literaria. Así lo anota en su 4ª Carta: *"Y así mismo me trajo Relación de los señores de la provincia de Cihuatlán, que se afirman mucho de haber toda una isla poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres que con ellas han acceso, y si paren mujeres, las guardan, y si hombres, los echan de su compañía, y que esta isla está un diez Jornadas de esta provincia, y que muchos dellos han ido allá y la han visto. Asimismo Dícenme que es muy rica en Perlas y oro; yo trabajaré en teniendo aparejo de saber la verdad y hacer de ello una larga relación. Vuestra majestad.*

La descripción de los lugares mitológicos se encuentra en una lejanía indefinida e imprecisa donde se nutre la maravilla. Igualmente la Califerne histórica y la California literaria carecen de realidad geográfica, como las utopías idílicas de la antigüedad. La única certeza tangible es que esa toponimia existe como ente geográfico que surgió como textualización literaria para insertarse nuevamente en la historia, lejos, muy lejos de su origen, en las aguas del Mar del Sur, durante las exploraciones de Hernán Cortés en la isla de Santa Cruz.

Lo que resalta de las crónicas de la expedición de Ulloa es su visión de los indios californios como bárbaros. Aunque mencionan un intérprete de Santa Cruz –cosa poco creíble por el tiempo que se necesita para el aprendizaje del español o del guaicura-, no logran comunicarse ni capturar nuevos indios para utilizarlos en la traducción de los dialectos (cochimí y pericúe). Lamentablemente no existe ninguna referencia de la colonia de 1535-1536 que verifique las afirmaciones de Preciado y Ulloa. Lo que importa, en este caso, es comprender las motivaciones de nombrar California a las tierras exploradas.

En la gestación de la idea de California subyace una noción libresca sobre las Sergas Esplandián que se perdió en las crónicas posteriores, en especial de aquellos misioneros y cronistas del siglo XVIII que atribuyeron a Hernán Cortés el latinismo de Cálida Fornax (Horno Caliente) como etimología de un vocablo distorsionado por el uso castellano. Bernabéu Albert describe el contraste de opiniones de los primeros exploradores que describieron una “tierra pobre y desértica, al mismo tiempo que surgen las primeras voces que difunden la noticia de un territorio lleno de perlas e indicios de plata y oro”.

Sorprende que todas las expectativas sobre amazonas y abundancia de riquezas se esfumaran durante la empresa de Cortés. A más de un año de penurias, naufragios y contratiempos la colonia de Santa Cruz sufrió agobiada por la falta de alimentos y de agua. La idea de fracaso, imposible para un aventurero ávido de fama y gloria, pudiera explicar la escasa información que produjo la colonia de Santa Cruz. La idea de que Cortés y su tripulación había muerto en Santa Cruz preocupaba a las autoridades virreinales. Doña Juana Zuñiga envió una carabela a su rescate y en una carta le suplicó “No porfiéis ya más con la fortuna, regresad, esposo mío, ya vuestra fama corre por el ancho mundo”. El navío traía gente, armas y provisiones, y su capitán Francisco de Ulloa le entregó a Cortés una carta del virrey en la que mandaba regresar a México. Los barcos ofrecidos por Antonio de Mendoza demoraban y Cortés partió en su búsqueda en el “Santa Águeda”, en tanto Francisco de Ulloa quedaba a cargo de la colonia.

A fines de 1536 los pocos sobrevivientes escaparon de aquella triste experiencia colonizadora. Durante la travesía, Cortés localizó la nave de Hernando de Grijalva y la reparó. En Acapulco recibió la instrucción del virrey para recoger a la gente dejada en Santa Cruz. La colonia de Hernán Cortés fracasa entre hambres y denuedos. En la isla de Santa Cruz no encontró grifos, ni oro, ni amazonas, solo nativos en la edad del cazador-recolector, peñas bravas y aridez extrema. No encontró una esclava, ni lengua intérprete, ni alianzas militares ni pueblos tributarios. En la aventura de Hernán Cortés la imagen de las amazonas aparece lejana, como noticia vaporosa de un reino imaginado de riquezas y placeres.

JUANA DE ZUÑIGA
“LA MARQUESA”

El mito del ejército triunfal, invencible, que produjo la caída de Tenochtitlán, terminó en un terrible desastre. Cortés no encontró resistencia de caballeros águilas y caballeros tigres en su experiencia de Santa Cruz. La derrota vino al no encontrar indios tributarios ni intérpretes ni disputas inter-tribales que le permitieran pactar alianzas militares.

El modelo épico inaugurado por Hernán Cortés en los albores de la Conquista, terminará en el fracaso de California, más cercano a la imagen de los Naufragios de Cabeza de Baca, donde un ejército mermado y sin rumbo termina dominado por las tribus indígenas. En California vemos a un Cortés desesperado por salvar una colonia de españoles hambrientos, agobiado por el enorme gasto de la expedición, enfrentado el mismo a un ambiente árido, sin otra ilusión que unas pocas perlas.

Hacia 1540 el ciclo de la maravilla no había terminado. A la par de la isla California, en el norte americano fulguraban las Siete Ciudades de Cíbola y Quivira. La primera experiencia de Santa Cruz no agotó las esperanzas de localizar tierras arriba un reino fastuoso como Las Islas Armenias y el Reino de Anián en donde el oro y otras riquezas eran abundantes. Luego de la Conquista, los españoles pensaron que viajando hacia el norte podrían encontrar dicho reino, así como el estrecho por donde se comunicaban el Mar del Norte con el del Sur.

Al mismo tiempo que Hernán Cortés sentía una extraña nostalgia por retornar de su natal España, el virreinato proseguía los afanes expedicionarios hacia el norte. Su huella en el Mar del Sur se redujo a unas cuantas toponimias en su honor como el Mar de Cortés, la punta Marqués en bahía Magdalena (hoy puerto Cortés). Y como recuerdo de su febril entusiasmo por las mujeres de Cihuatlán, quedó registrada la toponimia California, prueba de que en esa bahía de Santa Cruz fue derrotado el Amadís de América por la inanición.

Conclusión

No sería una exageración decir que el descubrimiento, la conquista y la colonización de América forman parte de una de las empresas más importantes de la historia mundial. Los que llegaron al nuevo mundo, encontraron precisamente eso, un mundo nuevo, desconocido, misterioso y temible. Allí veían cosas que nunca hubieran podido imaginar, por lo que recurrieron al mundo conocido para nombrar e interpretar de acuerdo a un pensamiento analógico

Para muchos españoles, América debe haber parecido como un continente maravilloso o incluso mágico. La colisión entre el mundo europeo y el mundo americano fue violenta, en todos los sentidos. Y los textos hoy en día conocidos como las Crónicas de Indias, curiosa mixtura de historiografía, ensayo, letras narrativas de ficción, poesía épica y libros de viaje, son los mejores testigos de este choque de culturas. En éstas crónicas aparecen sucesos y seres sobrenaturales y a menudo, para explicar la asombrosa realidad de América, los cronistas refieren a textos bíblicos, greco-romanos, leyendas medievales y libros de caballería como un "mundo conocido" pero igual de maravilloso. Muchos de los que han buscado las raíces del género literario llamado realismo mágico encontraron en las Crónicas de Indias la fuente de novelas, poesía, teatro, cine y pintura.

"América es invención de los poetas", dirá Alfonso Reyes en su Última Tule para explicar los prodigios que se presentaron a los ojos de los exploradores y conquistadores, narrados por los cronistas de Indias con un lenguaje exuberante en el que las fábulas y mitos antiguos quedaban confirmados. Bernal Díaz queda pasmado de las maravillas de México y reconoce que no puede describir "estas cosas nunca oídas, ni aún soñadas".

La libre asociación de dos figuras legendarias como las amazonas, representada en la literatura por la reina Calafia, y la virreina doña Malintzín, tiene un eje en común a través de las fantasías caballerescas de las crónicas, en donde Hernán Cortés aparece transformado en un Amadís de Gaula. La reina Calafia en todo momento se presenta como reina derrotada, enamorada de Esplandián y casada con un noble. Nada que ver con Malinche, que nace de cuna noble, arrojada de su hogar por su madre y padrastro, esclavizada desde su adolescencia y obsequiada a los conquistadores como botín de guerra. Su encumbramiento a lengua y concubina de Hernán Cortés, su intervención en las alianzas con los tlaxcaltecas y en la guerra contra el imperio de Moctezuma la eleva a un papel protagónico al grado que, el mismo Bernal reconoce, tenía "fuerza viril" y, con ello, supera la ficción literaria de Calafia.

La imagen de Hernán Cortés y otros conquistadores y soldados de "folgar en la foresta" sobresale entre los relatos de Bernal: por las noches Cortés y otros soldados iban a "herrar" con las indias. Gomara, que escribió de oídas, había dicho que el conquistador era "travieso con las mujeres". El dominico Las Casas describe a Cortés, como "vicioso". Bernardino Vázquez de Tapia le acusa de "amasar una inmensa fortuna y llevar una vida disoluta y promiscua". La realidad adquirió un salvajismo lo más apartado del amor cortés. Bernal Díaz recordó el apellido de un Álvarez que en tres años tuvo treinta hijos de nativas americanas. La captura de mujeres –como sugiere Mörner- "fue solo un elemento más en la eslavización general de los indios".

Fuentes Mares atribuye a una especie de “hipóstasis” que marcó la vida de Cortés, eso que “llamaron los filósofos alejandrinos a la sustancialización de lo ideal, y eso fue, sobre todo, la proeza histórica de Cortés: sustancialización de lo irreal más aún que de lo ideal”. En Cortés, lo humano y lo extraordinario se unen en una sola persona para emprender con unos cientos de soldados la conquista del gran Imperio Mexica. El Itinerario de Hernán Cortés está impregnado de hechos fortuitos que le favorecen, desde encontrar al náufrago Jerónimo de Aguilar entre los mayas y conocer a Malintzín, la lengua de fuego, para cumplir sus estrategias guerreras.

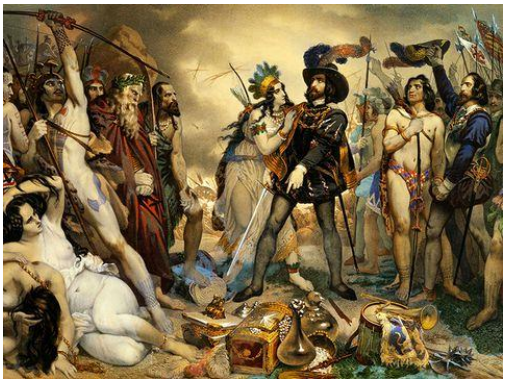
Tanto en América como en Europa circulaban numerosos mitos que hicieron crecer el carácter imaginativo de las crónicas de Indias, cargadas de mitos sobre gigantes, sirenas, grifos, dragones y monstruos de todo tipo, mientras otros evocan países, ciudades y lugares como el país de la Canela, el paraíso terrenal, el reino de Omaguas, las siete ciudades de Cíbola y el país de Meta. También había mitos y cuentos de tesoros escondidos. Los mitos más conocidos son quizá el de la fuente de la eterna juventud, y el de El Dorado. La fusión entre esos mitos resultó en numerosas expediciones con el propósito de localizar la fuente. El hecho que aparecen tantos mitos en las crónicas de Indias, y que las personas creían tanto en ellos que arriesgaron sus vidas guiados por ellos, indican que tienen una gran importancia con respecto a la mezcla entre realidad y fantasía.

Suerte de conquistador que las creencias mexicas lo confundieran con un Quetzalcóatl que disparaba balas de cañón y destruyera mezquitas en una guerra santa contra los infieles, como si actuara en la guerra de Granada o de Constantinopla. Era para creer en la Providencia. Y Cortés era un ferviente cristiano, un destructor de ídolos paganos, un guerrero dispuesto a todo con tal de cumplir su destino. Cruzó las filas enemigas al grado de llorar por la masacre de sus soldados y de su derrota, pero la aparición de miles de tlaxcaltecas amigos hasta lograr la rendición de Cuauhtémoc.

De ese trauma de la conquista emergió México, no del vientre de Malinche. Fantástica hipóstasis que vieron los indios de Centla cuando creyeron que Hernán Cortés y su caballo eran uno solo como afirma Bernal: «creyeron que el caballo y el caballero eran todo uno, como jamás habían visto caballos». El Roldán de Montesinos recibió doncellas en prenda de guerra y las repartió entre sus capitanes antes de emprender la marcha en busca del oro de Culúa. Por el oro desataron la conquista de Tenochtitlán y su destrucción la compararon los cronistas con la de Jerusalén en tiempos de Antíoco. Los españoles, sedientos de oro, emprenden la búsqueda en él fondo de la laguna, esculcaban a las indias e indios fugitivos. El Manuscrito Anónimo de Tlatelolco es más explícito: «Y al salir Iban con andrajos, y las mujeres llevaban las carnes de las caderas casi desnudas, y por todos lados rebuscan los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados rebuscan los cristianos. Por todos lados les pasan las manos, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos». El tesoro de Moctezuma no apareció por ningún lado, lo que provocó recelo en las tropas, sospechaban de una alianza secreta de Cortés con Cuauhtémoc, a quien se torturó para que informara de su paradero.

Ese es el trasfondo de la conquista, la ambición del oro y la riqueza. La construcción de la leyenda negra sofoca la leyenda rosa que algunos cronistas de indias escribieron sobre el conquistador de México. Ríos de tinta se han escrito desde la colonia hasta nuestros días a favor y en contra, Los argumentos son igualmente válidos si

se atiende el marco general de una guerra de conquista al servicio de un Imperio. Al margen de toda simplificación histórica, entre la mentalidad fantasiosa de los conquistadores y la realidad americana ocurrieron hechos que desbordaron las pasiones a partir de un claro sentimiento de superioridad, a imitación de los señores feudales y nobles de España.



Malinche, una indígena conversa que surgió desde los fondos de la esclavitud, humillada por los apetitos sexuales de Cortés, denigrada como concubina a un segundo matrimonio por conveniencia con Juan Jaramillo, no puede explicarse en función de una historia como Las Sergas de Esplandián. Cortés, el caballero cristiano, llevó una vida amorosa precoz y activaa través de la “poligamia casi ilimitada y cierta predisposición a la promiscuidad”.

Era un garañón, como lo pinta Madariaga. “Su actividad amorosa se nutría casi exclusivamente del vigor animal. Cortés era, en efecto, un animal espléndido, sano y vigoroso, que se gozaba en toda suerte de actividad y era casi incansable. Sus campañas de amor no eran más que formas de vida, como sus campañas de guerra. La mujer sobre la que derrochaba su vitalidad importaba poco —desde luego dentro de ciertos límites de calidad y gusto—. Su poligamia era abierta y francamente oportunista” escribió Fuentes Mares.

En su opinión, la mujer es un instrumento en la vida de Cortés, “más próximo a Don Juan que a Casanova”. Su biógrafo Bernal reconoce "que cuando mancebo en la Isla Española fue algo travieso sobre mujeres y que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros e siempre salió con victoria". Lo mismo ocurrió en Cuba, donde jugó con Catalina Juárez sin pretender llegar a la boda. A doña Marina la cedió a Portocarrero y después se quedó con ella para entregarla a Juan de Jaramillo. En el Juicio de Residencia de Hernán Cortés, su enemigo el capitán Bernardino Vásquez de Tapia lo acusa de "que otras cosas tenía más de gentílico que ansi mismo a sido muy público en este pueblo que fuera del que se echó con dos o tres hermanas hijas de Motuzuma".

Las crónicas derrumban toda posibilidad amorosa entre Malinche y Cortés. Urgido de fama y de alcurnia, Cortés juega con el amor de las damas españolas lo mismo que con las “princesas” mexicas o con sus esclavas. Cuando Cortés regresa a España por primera vez, contrae matrimonio con doña Juana de Zúñiga, perteneciente a una familia ducal de fortuna y abolengo. Al mismo tiempo corteja a la cuñada de don Francisco de los Cobos, secretario de Su Majestad. La figura literaria del Amadís difícilmente andaría "trepado por tejados ajenos, pues andaba en un asunto amoroso con cierta joven". Otro conquistador, Bernardino Vázquez no limitó su malquerencia hacia Cortés, de quien señaló su furor sexual con indias y de Castilla, amén de las casadas que llevó a su cama «enviando a sus maridos fuera de la ciudad para quedar con ellas», como escribió su malqueriente, el conquistador Bernardino Vázquez de Tapia

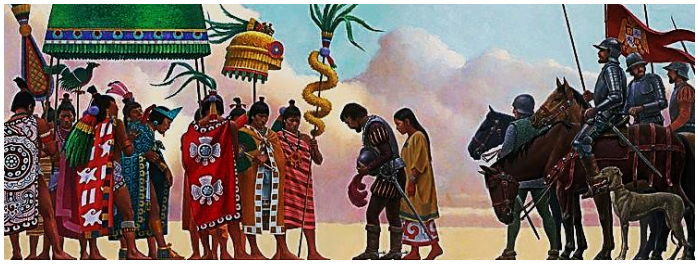
Los españoles, en su credulidad de lo fantástico, estaban más cercanos al mito de las amazonas que al caballero cortés o cristiano. En el mito, las amazonas no admitían hombres en sus tropas. Eran una comunidad cerrada de mujeres que solo cohabitaban con extranjeros. Como hijas de Ares, su figura mítica estaba asociada a la guerra y al oro. Ramón Llul recomendaba al caballero leer las hazañas antiguas “para tomar ejemplo”, defender la fe cristiana y adoptar el espíritu de cruzada. Cortés transmite entusiasmo a sus tropas frente al enemigo, se siente predestinado por dios para vencer a los paganos. Pero ese heroísmo, como en El Quijote, enmascaraba la ambición de riquezas. La guerra significaba riquezas, encomiendas y títulos, al grado de transformar a soldados y capitanes en bandoleros, como sugiere Maurice Kleen, con ínfulas de hidalgo en tierra de indios.

Ese fue el motor de la conquista, la búsqueda del tesoro escondido entre los nativos. Cortés era, además de jugador empedernido, un amante de la aventura y del riesgo. A los caciques de Cozumel les advirtió "que ninguna manera se habría de partir él de aquella tierra hasta saber el secreto de ella...". Lo mismo anotó en su segunda relación a Carlos V: "y porque yo siempre he deseado de todas las cosas de esta tierra poder hacer a vuestra alteza muy particular relación, quise, desta, que me pareció algo maravillosa, saber el secreto". Esos secretos son referencia al oro y la riqueza de la tierra de conquista, el botín de guerra que servía para financiar nuevas campañas y nuevas expediciones en pos de las leyendas.

Podemos imaginar la trama no escrita de lo que realmente ocurrió en California y Argalia con el matrimonio de Calafia e Liota (¿paráfrasis de ilota, sierva española?). Gobernadas por una cierta reina Calafia, «dueña de la gran isla de California, celebrada por su gran abundancia de oro y joyas », las amazonas se transforman en siervas del Imperio y de Dios. El amor de Calafia por Esplandián la llevó a compartir su reino de California. ¿Existió alguna forma de amor entre Cortés y Malintzín? El valor de una joven esclava era tributo igual a "varias gallinas, guajolotes, telas bordadas, un poco de oro". En el botín de guerra, desde la antigüedad clásica, incluía a las mujeres. Y Malinche era "hermosa para ser india". Nada se cuenta de su condición de esclava del cacique Tabscoob, del abuso a que fue sometida desde su rechazo del hogar familiar. Su origen noble es aún enigma entre los historiadores, que le atribuyen diversos pueblos desde Jalisco a Chiapas y Veracruz.

La aplicación del nombre California a parte de América sugiere que otras personas además de Bernal Díaz y sus compañeros percibieron el Nuevo Mundo a través de espectáculos coloreados por romances de caballería. En el nuevo mundo de la Conquista, Malinche inaugura la mexicanidad como fruto del amor al conquistador. En la novela de Montalvo, Calafia traiciona a las amazonas por "amor". Una y otra pertenecen al campo del bárbaro civilizado que adopta el cristianismo. Una como esclava del señor de Potonchán, obsequiada a Hernán Cortés; otra como reina derrotada, que cede a los dictados del vencedor, el Emperador de Britania, Amadís de Gaula.

En España, Cortés envejece sin ser escuchado ni atendido por el rey. La última hazaña en Argel, evocación de la guerra de Granada que evoca la caballería celestial del Esplandián, es negada y rechazada, sin importar sus glorias de conquistador de un imperio sobrepoblado como el azteca. Repudiado por las Cortes, sus reclamaciones y memoriales jamás tuvieron respuesta. Pese a sus negocios, siempre sacaba tiempo para acudir a diversas reuniones con cortesanos, juristas, teólogos y humanistas. De hecho, en su propia casa se celebraban con frecuencia cenáculos, donde se mantenían acaloradas tertulias sobre historia, política y filosofía. Allí acudían intelectuales, juristas, prelados y empresarios. Entre esos tertulianos acudían Pedro de Navarra, Juan de Vega, virrey de Sicilia, el cardenal Francesco Poggio, fray Domingo del Pico O.F.M., predicador en la Corte, Juan Ginés de Sepúlveda, don Pedro de Navarra, el poeta Gutierre de Cetina, el Marqués de Falces o Francisco Cervantes de Salazar.



Cortés logró emparentar con la nobleza y antes de su muerte, vio a sus vástagos casados "para garantizar el definitivo ennoblecimiento de su estirpe", la misma idea que profesaron los caciques de Tlaxcala al entregar a sus hijas. En esa alcurnia su estirpe se ligó a la del Conde de Aguilar, al Conde de Luna y al Duque de Alcalá y Marqués de Tarifa. Leonor se desposó con el acaudalado Juan de Tolosa. Murió en una sociedad cortesana, ignorante de lo que significaba una Conquista, sin los caballeros andantes que siguieron sus campañas guerreras, sin sus mujeres concubinas o esposas, solo consumido por el recuerdo de sus aventuras, como Amadís en la Peña Pobre, en penitencia por el desamor de Oriana, ofendida del "amante más fiel del mundo".

Agobiado por la edad y la enfermedad (disentería), refugiado en su estancia de Madrid, luego en Sevilla y Castilleja, Cortés no pudo retornar a su tierra de conquista en la Nueva España. En su testamento pidió que trasladaran sus restos mortales, volver a esa tierra ensangrentada por la conquista, donde los fantasmas de La Llorona, de la Mujer-serpiente y de la Malinche seguramente velarían su sueño eterno.

A partir del México independiente la triste figura de Hernán Cortés, vilipendiada en vida, adquirió los peores epítetos de la historia. Doña Marina, por su origen indígena, se convirtió en símbolo de la traición. En el siglo XIX, Ignacio Ramirez, rabioso de nacionalismo, acusa a la sociedad española de opresora y colonizadora, fanática y despótica, al tiempo que propone la teoría de que todas las naciones deben sus derrotas a mujeres. Asi, culpa a Eva, a Helena de Troya, a la Cava en España y a la Malinche en México. Malintzín-Marina es una sola a pesar de su conversión religiosa, lo mismo que la reina Calafia, amazona o dama cortesana. Malinche Sobrepasó el papel de amante, para instalarse como lugarteniente y, en algunas transacciones, como "virreina". El destino, la oportunidad y su talento ocasionaron que negociara su labor tradicional de mujer indígena sometida a las costumbres ancestrales. En recompensa por su participación en la guerra de conquista, el capitán español le otorgó los pueblos de Oluta y Jaltipan.

Fuentes: RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, L (1949). Amadises de América: La hazaña de Indias como empresa caballeresca. México: PoITÚa. SÁNCHEZ, A. (1958). "Los libros de caballerías en la conquista de América". Anales cervantinos, 7, 237-259. C. PEREYRA, Hernán Cortés. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1942. H. THOMAS, Quién es quién de los conquistadores, Madrid, Salvat, 2001; H. THOMAS, La Conquista de México, Barcelona, Planeta, 2000; P. HURTADO, Los extremeños en América, Sevilla, Gráficas Mirte, 1992; B. DÍAZ DEL CASTILLO, Historia verdadera de la conquista de Nueva España, Madrid, Editorial Sopena, 1970; A. DE HERRERA, Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar Océano, Madrid, Universidad Complutense, 1991. M. CUESTA Y M. MURIEL, Atlas Toponímico Extremeño-Americano, Badajoz, Caja de Badajoz, 1989. Sierra, justo (1977), "Evolución Política del Pueblo Mexicano", en Obras Completas XII, UNAM, México, p . 49. Probanza de buenos servicios y fidelidad con que sirvió en la conquista de Nueva España la famosa Doña Marina, Patronato 56, núnl . 3, ramo 4 . Archivo General de Indias, Sevilla, España . Salazar, Francisco Cervantes de. Crónica de la Nueva España. Atlas; Madrid: 1971. Rascón Banda, Víctor Hugo. La Malinche. Mexico: Plaza Janés, 2000. González Hernández, Cristina. Doña Marina (La Malinche) y la formación de la Identidad Mexicana. Encuentro; Madrid: 2002 León-Portilla, Miguel (editor). Crónicas indígenas. Visión de los Vencidos. Dastin, Madrid: 2000 López de Gómara. La conquista de México. Dastin, Madrid: 2000. León Portilla, Miguel (2002). Cartografía y crónicas de la antigua California. México: Universidad autónoma de México. Leonard, Irving A. (2006). Los libros del conquistador, Martí Soler (trad.). México: Fondo de Cultura Económica. Las mujeres y la guerra en la edad media: mitos y realidades, Yolanda Guerrero Navarrete, Journal of Feminist, Gender and Women Studies 3: 3-10, Marzo 2016. Cristina González, Doña Marina, (La Malinche), Ed. Encuentro, Madrid, 2000. Alfredo López Austin, 1982 «La sexualidad entre los antiguos nahuas», en Familia y sexualidad en Nueva España, pp. 141-176. México: SEP 80, Fondo de Cultura Económica. Ahuianime: las seductoras del mundo nahua prehispánico Miriam López Hernández Posgrado del Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011. Gruzinski, Serge. La conquista de los cuerpos (cristianismo, alianza y sexualidad en el altiplano mexicano: siglo XVI), en Familia y sexualidad en Nueva España, FCE, México, 1982. José Antonio Flores Farfán, La Malinche, portavoz de dos mundos, Estudios de Cultura Nahuátl, vol. 37, UNAM. María J. Rodríguez-Shadow, La mujer azteca, Universidad Autónoma del Estado de México, Colección Historia, núm. 6, cuarta edición, julio de 2000, 276 págs. Grunberg, Bernard El universo de los conquistadores: resultado de una investigación prosopográfica Signos Históricos, núm. 12, julio-diciembre, 2004, pp. 94-118 UAM-Unidad Iztapalapa DF, México. Alonso, Icías & Jesús Baigorri, Gertrudis Payás. "Nahuatlatos y familias de intérpretes en el México colonial." 1611 Revista de historia de la traducción 2.2 (2008). Web www.traduccionliteraria/1611/art/alonsobaigorri-payas.htm (octubre 2013). Crónicas de Indias, precursoras del realismo mágico, de Samuel Serrano, publicado en Cuadernos Hispanoamericanos, Número 672 2006, pág. 7-16. Solano y Pérez Lira, Francisco de 1975 «El intérprete: uno de los ejes de la aculturación». Política indigenista española en América, 1, pp. 265-276. Valladolid. 1992. Justicia e interpretación en sociedades plurilingües: el caso de Yucatán en el siglo XVI, Caroline Cunill, Estudios de Historia Novohispana 52 (2015) 18-28. *Lenguas, traducción y metáfora: relatos de la alteridad en tres crónicas de la conquista de México*, Añón, Valeria, Universidad de Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. ROSENBLATH, Á (1984) Estudios sobre el español de América. Vol. III. Caracas, Venezuela. Monte Ávila Editores. COROMINAS, J y PASCUAL, A (1980-1991) Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico. Madrid. Gredos. ALVARADO TEZOZÓMOC, Fernando, *Crónica mexicana*, en Carlos Martínez Marín ed., *Crónicas de la Conquista*...Símbolos y sincretismo literario en el relato biográfico de la Malinche, José Manuel Querol Sanz, Universidad Carlos III de Madrid, 2018. Fernanda Núñez Becerra, La Malinche: de la historia al mito, Serie Historia, INAH, 1996, p. 9. Glantz, Margo (coordinadora), La Malinche, sus padres y sus hijos, Colleción Pasado y presente, México, Editorial Taurus, 2001. Kruger, Hilde, Malinche o Adios a los Mitos, México, Editorial Cultura, 1944. Bellas que derrumban imperios: Yang Guifei y Malintzin, dos siluetas ante el huracán histórico Radina Plamenova Dmimitrova, en La nueva Nao: de Formosa a América Latina, p 147. Doña Marina (La Malinche) y la formación de la identidad mexicana, González Hernández, Cristina, Ediciones Encuentro, 2002*:* Madrid. España. Gustavo Pittaluca, Grandeza y Servidumbre de la Mujer. Bue - n o s Aires, 1946, p. 616. Bellas que derrumban imperios: Yang Guifei y Malintzin, dos siluetas ante el huracán histórico Radina Plamenova Dmimitrova, en LA NUEVA NAO: DE FORMOSA A AMÉRICA LATINA Bicentenario del Nombramiento de Simón Bolívar como Libertador Lucía Chen (Hsiao-Chuan Chen) Alberto Saladino García comps. De Blas Zabaleta, P. "Las civilizaciones que encontraron los españoles. Los mexicas o el Imperio Azteca" p. 79. María del Carmen MARTÍNEZ MARTÍNEZ, « De Tenochtitlan a las Hibueras: la *Quinta carta de relación* de Hernán Cortés », *e-Spania* [En ligne], 26 | février 2017. Símbolos y sincretismo literario en el relato biográfico de la Malinche José Manuel Querol Sanz, El Cuaderno Digital, 2018 (On line).. Lloronas, madres y fantasmas: necrobarroco en México, Gloria Luz Godínez, Estudios de Género de El Colegio de México, 3(5) enero-junio de 2017, pp. 129-163. Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano* (traducción Soledad Loaeza Grave), México: Ediciones Era, 2009. Hernán Cortés ante la justificación de su conquista, Silvio Zavala, Colegio de México, Quinto Centenario 9, Universidad Complutense de Madrid, 1985. Chávez, Lizandro, *Apología de Malintzin*, Lanzarote: A.S.C. Litoral Elguinaguaria, 1994. Echeverría, Bolívar, *La modernidad de lo barroco*, México: Ediciones Era, 2005 (1° ed. 1998). Federico Gómez de Orozco, *Doña Marina, la Dama de la Conquista*, Ediciones X+ochitl, 1942. William B. Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*(FCE, 1979). Echeverría, Bolívar, *La modernidad de lo barroco*, México: Ediciones Era, 2005 (1° ed. 1998). Chávez, Lizandro, *Apología de Malintzin*, Lanzarote : A.S.C. Litoral Elguinaguaria, 1994. León-Portilla, Miguel, *El reverso de la conquista, relaciones aztecas, mayas e incas*, México: Editorial Planeta, 2002 (1° ed. 1964). Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México: Fondo de Cultura Económica, 1993 (1° ed. 1954). Gloria Luz Godínez Rivas, « Mujer-serpiente en México. De Cihuacóatl a Lukas Avendaño », *Amerika* [En ligne], 11 | 2014, mis en ligne le 25 décembre 2014, consulté le 03 janvier 2019. EL "ESTIGMA DE EVA" EN LA LEYENDA MEXICANA LA LLORONA. Su representación cinematográfica Manuel Jesús GONZÁLEZ MANRIQUE, Revista de Antropología Experimental nº 13, 2013. MATOS MOCTEZUMA, E. 2013 "¿La Leyenda de la Llorona es de origen prehipánico?". Arqueología Mexicana, 122, pp. 48-49. SPINOSO ARTOCHO, R. M., n.d Entre Medea y la Llorona: La Malinche y el discurso de la traición en la historia de la Conquista. Memorias del seminario de historiografía de xalapa 726–741. "Relación del segundo viaje", p. 244, en Varela, Consuelo y Gil, Juan: Cristóbal Colón. Textos y documentos completos, Alianza Universidad, Madrid, 1995, pp. 235-254. "Relación del segundo viaje", p. 244, en Varela, Consuelo y Gil, Juan: Cristóbal Colón. Textos y documentos completos, Alianza Universidad, Madrid, 1995, pp. 235-254.Relaciones sexuales y afectivas en tiempos de conquista. La Española (1492-1516), Bertha Ares Queija, EEHA-CSIC, Congreso Internacional Cristóbal Colón 1506-2006. Historia y Leyenda – Pp. 237-256. Ortega, Sergio, ed., *De la santidad a la perversión o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana,* México, Enlace, Grijalbo, 1985, 290 pp. Revista Proceso. El linaje de Moctezuma vive….En España. 16 de Septiembre del 2010.POZO Felguera, Daniel. La "tataratatara… nieta" granadina de Moctezuma II. Granada Hoy. California: la toponimia perdida, Lengua, Literatura, Geografía y Mitos detrás de una Toponimia, José Soto Molina, revista Alternativa de BCS, 2006. Miguel del Barco, Correcciones y Adiciones a la Historia o Noticia de las Californias en su edición de Madrid, año 1757, apéndice en la Historia natural y crónica de la Antigua California, UNAM, 1988, pp. 381-382. Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, ed. Madrid: Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo y UNAM, 1982, 2 vols. Francisco Xavier Clavijero, Historia de la Antigua o Baja California, Ed. Porrúa, 19. Lectura e investigación de los libros de viajes medievales Eugenia Popeanga, Filología Románica. Anejo 1 - 1991 - Ed.Universidad Complutense. Madrid. Cortés, Hernán. Cartas de Relación de la Conquista de Méjico. Volumen 1, CALPE, 1922. Miguel Venegas, Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, ed. Madrid: Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo y UNAM, 1982, 2 vols. Auto de posesión y descubrimiento de California por la corona de Castilla y León. Santa Cruz, 3 de mayo de 1535. AgI, Patronato Conocemos lo sucedido durante su estancia en Santa Cruz por carta que escribe el 14 de mayo de 1535 a Cristóbal de Oñate. Carta de Fernando Cortés en Santa Cruz a Cristóbal de oñate en Compostela, 3 de mayo de 1535. AgI, Patronato. Hernán Cortés y sus intereses marítimos en el Pacífico. El Perú y la Baja California, *Woodrow Borah,* LEÓN-PORTILLA, Miguel: Hernán Cortés y la Mar del Sur. Madrid, Ediciones de Cultura hispánica, 1985 «Hernán Cortés y el océano Pacífico», en Hernán Cortés y su tiempo, T. II. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1987. Colección de documentos para la historia de México (1999): Ed. de Joaquín García Icazbalceta. Alicante, Biblioteca Virtual miguel de Cervantes, t. II, p. 34-36.) León Portilla, miguel (1985): Hernán Cortés y la Mar del Sur. Ediciones de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid. (2001): Cartografía y crónicas de la Antigua California. México UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas. Ulloa, Francisco de (s.f.): Memoria y relación del viaje que, en el nombre de nuestro Señor se ha hecho después que salió esta armada de vuestra señoría del puerto de Acapulco, que fue a 8 de julio del año de 1539, hasta esta isla de los Cedros, a donde quedo hoy, lunes, 5 de abril de 1540 años. En Le Riverend, julio (ed.) Cartas de relación de la conquista de América, 2 vol. méxico. Editorial Nueva España. T. I, pp. 642-695. (R.A.H. Colección del Departamento de Cartografía y Artes Gráficas. C-Atlas A, 4. Alfredo Ruiz Islas, Hernán Cortés y la Isla California, Iberoamericana, VII, 27 (2007), 39-58. El Mapa de América de 1562 por Diego Gutiérrez, Geography and Map Division, Library of Congress, Washington, D.C. Barco, Miguel del (1988): Historia natural y crónica de la Antigua California. [Adiciones y correcciones a la noticia

de Miguel Venegas]. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas Martínez, José Luis (ed.) (1994): Documentos cortesianos. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México. 4 Vols. DORSAL DE ESPEJISMOS. EL INESTABLE DESIERTO CALIFORNIANO EN EL IMAGINARIO JESUITA, Salvador Bernabéu Albert, José María García Redondo, "Las fronteras y sus ciudades: herencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del imperio hispánico (ss. XVI-XVIII)", Ministerio de Ciencia y Tecnología, HUM2007 -64126. 2 Escuela de Estudios Hispano-Americanos. CSIC. Henry R. Wagner, Spanish Voyages to ihe Northwest Coasl of America in the Sixteenth Century. S. F.: California Historical Society, 1929. Spécial Publications No. 4. 23. Charles E. Chapman, A History of California: The Spanish Period. N. Y: Macmillan Co., 1923. Álvaro del Portillo (1947), Descubrimientos y exploraciones en las costas de California, Madrid. Víctor M. Ruiz Naufal, Las Islas del Septentrión Occidental, Cartografía histórica, p. 277. CEBREIRO BLANCO, Luis. 1943. Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos, Instituto Histórico de Marina, Madrid. Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Colonización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanta. 1'864-84. editada por Pacheco, Cárdenas y de Mendoza, Madrid, 42 vols. TORQUEMADA DE, Juan. 1975-85. Monarquía indiana, 3a. edición, 7vols., preparada por el "Seminario para el Estudio de Puentes de la Tradición Indígena" bajo ta coordinación de Miguel León-Portilla, UNAM, México. Carta náutica Domingo del Castillo 1541. “Título facticio. Cabe identificar esta carta con la que se presentó en la junta académica de 25 de septiembre de 1778, que se cita así en el Libro de Actas: "copia del Mapa original de las Yslas y tierra firme del Mar del Sur, que corresponde a la expedición de Hernán Cortés. Y se acordó que por ella se satisfaga a Dn Francisco Xavier de Palomares 60 reales por la copia". Copia manuscrita realizada en 1778. La carta original fue levantada en 1541 por Domingo del Castillo, piloto mayor de la expedición al mando de Francisco Ulloa al golfo de California para cumplir la misión encomendada por Hernán Cortés. Fue estampada en México (1769) por el grabador Navarro y publicada por Francisco Antonio Lorenzana, Historia de Nueva España, México, 1770, entre pp. 328-329, con algunas pequeñas variantes con respecto a la carta de la Academia. Se conserva otra en el Museo Naval (Cerezo, Ricardo, La Cartografía Náutica Española en los siglos XIV, XV y XVI, pp. 198, 237, 261. Guadalupe Pinzón Ríos “Descubriendo el Mar del Sur de los puertos novohispanos en las exploraciones del Pacífico (1522-1565)” p. 749-774. Alfonso Reyes, Última Tule y otros ensayos, Caracas, Ayacucho, 1991, p. 193. Crónicas de Indias, precursoras del realismo mágico, de S. Serrano. Tiempo de Indias: Crónicas e imágenes del nuevo mundo y la expresión literaria latinoamericana, de O.H. Fernández. José Fuentes Mares, Cortés, el hombre, Titivillus 1981. Magnus Mörner, La mezcla de razas en América Latina, Buenos Aires 1970. Documentos cortesianos, I: 1518-1528. Secciones I a III, José Luis Martínez, FCE-UNAM 1990. Noticias inéditas sobre los últimos años de vida de Hernán Cortés (1540-1547) Esteban MIRA CABALLOS. MIRALLES, J. (2001): Hernán Cortés, inventor de México. Tusquets Editores, Barcelona.